



Tania M. Rubio

POR
TI,
MAMÁ

Por ti, mamá

Tania M. Rubio

© Tania M. Rubio, 2018

Por ti, mamá

Imagen de la portada: Pixabay

ISBN: 9781728730318

Independently Published

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A todas esas madres valientes,
a los padres,
a los hijos, a las hijas
y a todo el mundo.*

Ya casi caía la noche sobre Nueva York, cuando Kelly, miró el reloj de su oficina. Se sorprendió al comprobar que era ya muy tarde. Echó un rápido vistazo y le pareció que no quedaba ya nadie por aquel lugar. Se atusó el cabello, se recolocó la falda y se volvió hacia el escritorio. Recogió los papeles que había sobre él y los colocó en los ficheros que había junto al ordenador. Exhaló un breve suspiro, cogió el bolso y salió corriendo. Había pasado toda la tarde revisando absorta los documentos de la empresa, sin darse cuenta del tiempo que había transcurrido.

Al ver la decoración navideña que lucía la puerta de la oficina, recordó que hoy era Nochebuena. Debía conducir durante algunos kilómetros para reunirse con su familia para cenar, como cada Nochebuena, en su casa de *Cold Spring*. Desde hacía veinte años, Kelly, pasaba la Nochebuena sin su madre; pues, para su propia tristeza, la madre de Kelly, murió cuando ella apenas tenía diez años y cada Nochebuena, no hacía más que hacerle —todavía más presente si cabía— su recuerdo. Para Kelly, las navidades nunca más volvieron a ser lo mismo sin ella. Su padre, ahora tenía otra pareja, Gillian, quien a su vez, tenía una hija de un matrimonio anterior, llamada Daniela. Kelly, iba esta noche a pasar la Nochebuena junto a todos ellos y también junto a su novio, Tyler, con quien llevaba saliendo más o menos tres años y estaba siendo su ancla al presente, tan doloroso y vacío a veces, pero que con tanta paciencia y apoyo, le estaba haciendo asumir.

Con gesto de desánimo y peleándose consigo misma, se lamentó de haberse quedado hasta tan tarde revisando aquellos documentos. Documentos que parecieron robarle por algún momento la noción del tiempo. Caminó por el pasillo con la única compañía del sonido de sus tacones y se apresuró a coger el ascensor. Una vez que llegó frente a él, esperó solitaria la llegada del ascensor, moviendo con fervor una pierna y contemplando sin poder controlarse, el marcador del ascensor. Finalmente y cuando el ascensor se abrió, con gesto de sorpresa, se percató de que en él, se hallaba ya, de modo insospechado, una persona. Tras el sobresalto inicial, Kelly pudo ver que la persona que allí se encontraba, era un chico de unos treinta años, alto y delgado. Tenía el cabello y los ojos oscuros y una barba bastante cuidada que acompañaba con gracia a sus facciones.

Kelly, pudo comprobar también que aquel chico, parecía tan sorprendido de habérsela cruzado, como ella, pues este parecía no esperar tampoco a nadie.

La mirada del chico, se cruzó con la de Kelly y a pesar de lo tenso e inesperado de aquel encuentro, Kelly no titubeó y entró al ascensor. La puerta del ascensor se cerró y un gran silencio se adueñó del pequeño espacio.

Los dos habitantes, se miraban de reojo sin dirigirse la palabra, como dos extraños, reticentes a compartir el mismo espacio, el mismo aire. A Kelly, le llamó la atención el informal aspecto del chico; llevaba una sudadera roja y unos pantalones rotos negros, más informal en contraste de ella, mucho más arreglada. Kelly, se había puesto una falda negra de tubo y una blusa de volantes en el escote. El volante de las mangas de la blusa, quedaba oculto bajo una estrecha americana negra. Dada la ocasión, Kelly llevaba también puesto su perfume favorito, ese que sólo reservaba para ocasiones especiales; dejando una estela de aroma floral inconfundible, acompañándola allá por donde pasara.

La incomodidad se palpaba en el ambiente. Ambos estaban deseosos de salir de aquel breve encierro, respirar y poner fin así a ese momento tan incómodo al que se veían obligados a compartir.

De modo extraño y antes de que el ascensor llegara a su destino, la luz del ascensor comenzó a parpadear hasta finalmente desaparecer, y con ello, el ascensor en un movimiento brusco, se detuvo.

—¡Ah! —gritó Kelly presa del pánico.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el misterioso acompañante del ascensor.

—No lo sé —sollozó Kelly desconsolada intentando abrir a oscuras la puerta del ascensor—, pero estamos atrapados.

—¡Ayuda! ¿Alguien puede oírnos? —dijo el acompañante mientras aporreaba la puerta del ascensor.

—Es inútil... Es Nochebuena, nadie podrá sacarnos de aquí —dijo Kelly con lágrimas en los ojos.

—¡Sacadnos de aquí! ¡Estamos atrapados! —gritó el acompañante volviendo a dar golpes al ascensor.

De pronto, tras unos segundos de máximo silencio, se oyó una voz que venía de fuera del ascensor:

—¡Hola! Soy el vigilante. Tratad de mantener la calma. Sé que estáis ahí atrapados. Se ha ido la luz en todo el edificio, está nevando mucho ahí fuera y los teléfonos tampoco funcionan. He intentado acceder con la tarjeta a por la llave para abrir el ascensor, pero la electrónica de la puerta no funciona.

Aquella voz, era la del vigilante, un hombre de unos cuarenta años, alto, moreno y musculoso. Cada noche venía a vigilar la empresa, cuando ya los empleados se habían ido.

Al oír al vigilante, Kelly en un impulso, sacó su teléfono móvil. Intentó realizar alguna llamada y comprobó de manera lastimosa que no tenía cobertura. Aquello, no hizo más que aumentar su desesperación, resopló y sin más opción, se metió de nuevo el teléfono móvil en el bolsillo.

—¡Qué mal! Aquí dentro no hay cobertura y tengo que avisar a mi familia... ¡Es Nochebuena! —dijo Kelly echándose las manos a la cabeza.

—Yo... Tenía que visitar a mi padre en el hospital y pasar con él allí la Nochebuena. Como verás, esto tampoco entraba en mis planes... —dijo el desconocido del ascensor.

Kelly se quedó callada y a pesar de la desagradable situación, aguantó la curiosidad. No quiso preguntar más acerca de lo que el acompañante del ascensor le acababa de decir, tampoco quería resultar curiosa. Sintió lástima por él y su padre; pensó que nadie merecía pasar la Nochebuena en un hospital, así como tampoco en un ascensor como ahora ellos. Al mismo tiempo, Kelly recordó que, para colmo, el vigilante les había dicho que ahí fuera estaba cayendo una gran nevada, lo que hacía aún más complicado su rescate. Angustiada, se temió lo peor. Se arrodilló en el suelo del ascensor, repitiéndose una y otra vez entre sollozos, que esto no podía estar pasando. La desesperación se adueñaba de ella por momentos; negó con la cabeza varias veces, escondió la cara entre sus manos y finalmente exhaló. «Cierra los ojos e imagina que estás montada en la noria de Navidad, montada en uno de aquellos preciosos asientos blancos, oyendo el paso del aire haciendo sonar el asiento, divisando desde lo alto las diminutas luces de Navidad que adornan la ciudad. Huele a Navidad, ya huele a Navidad...», pensó Kelly. Acto seguido, se transportó a su niñez, en un día de Navidad mientras montaba en la noria. Sus padres, desde abajo la miraban y ella les saludaba feliz cuando la noria bajaba un poco la altura. Volvió a revivir aquel delicioso olor a algodón de azúcar y aquellas maravillosas sensaciones que, con el paso del tiempo, había olvidado. Volvió a sentir por un instante aquella libertad y la asombrosa curiosidad e inocencia de la niñez.

Abrió los ojos y se vio en la oscuridad del ascensor de nuevo.

—¡Eh, Vigilante! ¿Sigues ahí? —dijo el desconocido acompañante de la sudadera roja mirando hacia los lados.

—Sí, chicos. Sigo por aquí, no os preocupéis. Si alzáis la voz, como

ahora, conseguiré oíros. Si me necesitáis, no tenéis más que gritar mi nombre, que por cierto, es Simon... Simon Campbell. O también podéis golpear el ascensor. Pronto todo esto no será mas que una anécdota —dijo el vigilante intentando serenarlos.

Kelly, al oír el nombre del vigilante, se percató de que, con todo lo que había pasado, todavía no sabía el nombre de su acompañante y de paso, había caído en que no se acordaba de haberlo visto nunca antes.

—Todavía no sé tu nombre... Yo soy Kelly —dijo sentada en el suelo del ascensor con la mano entre las rodillas.

—Michael Turner —dijo el acompañante del ascensor mostrando una sonrisa que Kelly no podía ver a causa de la penumbra del ascensor.

—¿Cómo es que no te he visto antes? —preguntó Kelly.

—Soy nuevo. Además, este edificio es bastante grande y cada día entran y salen muchas personas, es imposible coincidir con todo el mundo. Y tú, ¿llevas mucho tiempo aquí? —preguntó con interés Michael.

—Sí, llevo aquí ya cinco años —respondió Kelly.

A Kelly, no le gustaba decir que era la hija de John Harris, el jefe de la empresa de Telecomunicaciones. No quería que la vieran como a alguien sin méritos ni talento a la que solo le acompañaba la suerte de tener un apellido. Sonrió para sus adentros y continuó expectante.

TTT

El tiempo transcurría lentamente. Los minutos, parecían horas. Los dos, se miraban sin saberlo, así como tampoco sabían que hacer para entretenerse ahí dentro. Llevaban varios minutos sin dirigirse la palabra y aquello no hacía más que aumentar su incomodidad. Desde luego, aquella actitud, no les estaba ayudando a hacer su estancia en el ascensor un poco más llevadera.

Kelly, en un intento de matar el aburrimiento, sacó su teléfono móvil del bolsillo e intentó hacer algún *sudoku*. La luz de la pantalla iluminó el ascensor y pudo ver la vista clavada de Michael en ella. Aquello la desconcertó y no la dejó concentrarse en nada más.

—¿Se puede saber qué estás mirando? —le preguntó Kelly a Michael mientras lo enfocaba con la luz de su móvil.

—A ti, ¿no lo ves? Aquí no hay mucho más que mirar —dijo Michael mirando a su alrededor—. No deberías gastar la batería del móvil, puede que más adelante puedas necesitarla.

—Sí, supongo que tienes razón. La necesitaré para dar explicaciones a mi familia por mi ausencia en la cena de Nochebuena —dijo Kelly encogiéndose

de hombros—. Pero es que, estoy muy aburrida.

—Entonces charlemos. Es gratis y no gasta batería.

Aquellas palabras de Michael la convencieron y en ese momento, Kelly se guardó de nuevo el móvil en el bolsillo. De nuevo, el ascensor se tornó en penumbra y fue entonces cuando se dispuso a charlar con Michael.

—Antes, has dicho que ibas a pasar la Nochebuena en el hospital con tu padre y...

Michael no la dejó terminar.

—Si no te importa, no quiero hablar de eso con una desconocida como tú. Me refería más a charlas banales, sólo para entretenernos aquí.

Kelly captó la indirecta. Él, sólo quería hablar y entretenerse hasta que esta aventura que les estaba tocando vivir terminara. Michael no tenía la intención de abrirse, ni de contarle nada de su vida, pero Kelly, quería saber por qué estaba su padre en el hospital en Nochebuena y aprovechó para sacar el tema, sin poder aguantar por más tiempo, la curiosidad. Kelly se lamentó por dentro de haberlo mencionado y más aún cuando Michael no la dejó terminar.

—Perdón. Pensé que quizá querrías hablarlo —dijo Kelly avergonzada pero dando gracias de que Michael no pudiera reparar en ello.

—No te preocupes, es algo delicado. No hice bien comentándolo antes, pero como tú dijiste tu plan de Nochebuena pues, quise contarte también el mío para que así no fueras la única —dijo Michael haciendo sonar una leve carcajada.

De repente y bajo previo impacto de ambos, el ascensor encendió las luces.

Michael, desconcertado miró a Kelly y aprovechó para examinarla. Con la oscuridad del ascensor, no había podido percatarse de que Kelly, tuviera unos ojos tan bonitos, tan grandes, verdes y expresivos. Continuó observándola y se detuvo en su delicada melena. Era de color castaño. A simple vista, cuando entró en el ascensor, no reparó mucho en ella y le había parecido de un color más oscuro. Pudo notar lo finos y delicados que eran sus cabellos.

Kelly también reparó en el misterioso desconocido. La mirada del muchacho, ahora iluminada, le resultaba más intimidante.

—Bueno, al menos ahora hay luz... —dijo Michael tratando de romper el momento tan extraño que acababan de vivir—. Lo que significa que muy pronto, el ascensor se abrirá.

—¿No te parece raro haya vuelto la luz pero que el ascensor siga sin

moverse? —preguntó Kelly confusa.

—Sí, es bastante extraño. Puede que se haya desconfigurado y tarde así un poco más en ponerse en marcha —dijo Michael mirando a su alrededor para posteriormente fijar la vista en los ojos verdes de Kelly.

Kelly sonrió con suavidad y obtuvo la sonrisa de Michael, de vuelta.

Kelly miró el reloj de su móvil, eran ya las doce y un minuto. Comprobó angustiada que ya era Navidad. Nunca, ni en sus peores pesadillas, hubiera imaginado pasar la Navidad allí, en aquel ascensor y perderse así el delicioso pavo que su padre, John, preparaba con tanto esmero. John, había salido un rato antes de trabajar, gustoso de poder prepararlo y servirlo al gusto de su querida hija, en la cena de Nochebuena como tantas veces. Kelly volvió al momento presente, trató de serenarse y miró hacia el pequeño lugar en el que todavía se encontraba atrapada.

El pequeño espacio, ahora iluminado por las luces, la estaba comenzando a agobiar cada vez más. Quería con todas las fuerzas de su corazón, salir de allí y poder celebrar la Navidad junto a su familia. No quería tener que pasar la Navidad atrapada en un ascensor. Miró hacia donde Michael estaba y al darse cuenta de que la otra persona también compartía su suerte, de que la otra persona, también estaba atrapada en aquel pequeño espacio en Navidad, decidió compadecerse.

—Ya es Navidad. Feliz Navidad, Michael.

—Feliz Navidad —dijo Michael sonriendo.

La sonrisa de Michael reconfortó a Kelly, quien sonrió de vuelta y fue entonces cuando Michael, la miró compasivo.

—¡Vaya manera de celebrar la Navidad! —exclamó Michael.

—Sí... —respondió Kelly con resignación.

—No te preocupes, ya has oído al vigilante; dentro de poco, esto no será más que una anécdota.

Antes de que Kelly pudiera responder, el ascensor de manera inesperada, se puso en marcha. Los dos, observaron inmóviles e impactados como los dígitos rojos que marcaban los números de las plantas del ascensor, se volvían locos. Los números iban cambiando rápidamente y sin parar hasta que el ascensor, de forma repentina, se abrió.

Ambos quedaron realmente impresionados y desconcertados. Se miraron sorprendidos y acto seguido, decidieron salir del ascensor.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es esto? —preguntó Michael asombrado cuando ya había dado un paso fuera del ascensor.

Kelly avanzó dos pasos con la única iluminación de su teléfono móvil hasta encontrar una reja que le impidió avanzar de nuevo.

—Hay una reja con una cerradura. Está todo muy oscuro. Estoy enfocando con la luz del móvil, pero no veo más que una reja. ¡Hay demasiada oscuridad!

—Volvamos al ascensor —ordenó Michael.

El ascensor les había llevado a una inhóspita planta. Aquello les desconcertó. Kelly, no sabía de la existencia de esa planta, nunca la había visto, ni había oído hablar de ella. Se sorprendieron de que el ascensor les hubiera llevado hasta allí. Ese lugar, no formaba parte del recorrido habitual del ascensor.

Contrariados, ambos se montaron de nuevo en el ascensor y apretaron el número cero, con el propósito de que les dejara en la planta baja y ver si había suerte y podían, por fin, abandonar el edificio a pesar de la gran nevada que, según el vigilante, caía ahí afuera.

Esperaron unos interminables segundos, pero la puerta del ascensor no se cerró. Kelly suspiró angustiada y miró hacia Michael.

—El ascensor debe haberse desconfigurado —dijo Michael.

Acto seguido, los dos regresaron al lado de la cerrada reja con una extraña sensación de derrota. No tenían ninguna otra salida y era un espacio muy reducido el que separaba el ascensor, ahora abierto, de aquella reja a la que ahora se aferraban.

Kelly, con el corazón latiéndole con fuerza, sacó sus llaves e intentó abrir la reja. Comprobó con resignación que era imposible. Pensando con rapidez en otras opciones, se acordó de que en el bolso llevaba un pasador para recolocarse el cabello cuando le cansaba llevarlo suelto y probó fortuna metiendo el gancho por la cerradura. Giró el pasador varias veces y le pareció mover la cerradura, pero la puerta no se abrió. Michael, a su vez, probó con una tarjeta de crédito y la pasó varias veces por el lateral de la cerradura. Finalmente, y casi desesperado tras innumerables intentos, en una de esas, la cerradura cedió.

Aliviados y dando gracias, pudieron entrar y fueron alumbrándose con las luces de sus teléfonos móviles.

—Bien, veamos que nos encontramos en esta extraña planta, a ver si tiene alguna salida... —dijo Michael examinándolo todo con atención.

Caminaron lentamente por el oscuro pasillo y lo primero que les llamó la atención fue un fuerte olor a humedad. A Kelly no le sentaba demasiado bien la humedad, así que, preparándose de antemano, sacó su inhalador del bolso y se lo metió en el bolsillo, por si acaso lo pudiera necesitar.

Avanzaron unos metros y las luces de los teléfonos móviles, alumbraron varios asientos de cuero, desgastados y llenos de polvo.

—Parece que no ha estado nadie aquí en mucho tiempo —dijo Kelly

mirando con lástima el desgarrador entorno.

Kelly, no podía creer que la empresa de su padre, tuviera aquel lugar, tan abandonado y aterrador. Era como si esa planta, hubiera aparecido de la nada. Aquello, para ella, no tenía explicación.

Los dos, a medida que avanzaban por el pasillo, iban comprobando con repulsión como los zapatos, se les iban quedando pegados al sucio suelo, a cada paso que iban dando.

Siguieron caminando hasta el final del pasillo y vieron lo que parecía haber sido una pequeña sala, con un mostrador lleno de suciedad, abandonado a su suerte como todo lo que allí había. Aquella era una imagen desoladora, como si aquel espacio hubiera sido abandonado por el tiempo, como si la dejadez, hubiera arrasado con todo aquello a su paso.

La sala, conducía a una habitación a la izquierda. Dándose cuenta, entraron con la luz de los teléfonos alumbrándoles el paso a la habitación de la izquierda y encontraron lo que parecía haber sido un despacho. Pudieron ver un añejo sillón marrón de cuero. Sillón que ya dejaba ver por algunas zonas la goma espuma amarilla que lo reblandecía. Estaba ligeramente magullado por las esquinas. En frente, había una mesa marrón con algunos cajones. Cajones que Kelly, en un intento de saciar la curiosidad, aprovechó a abrir y fue entonces cuando una gran cantidad de polvo la hizo toser. Ayudada por la luz de su teléfono, pudo fijar la vista en algunos documentos. Apenas pudo leer nada por el polvo, la oscuridad y lo desgastado de aquel papel, ya amarilleado por el paso del tiempo, así que, decidió meterse los documentos en el bolso. Intentó volver a cerrar el cajón pero le resultó imposible, aquella madera estaba destrozada. Al levantar la vista, pudo ver que Michael había encontrado algo y se acercó curiosa.

—He encontrado una fotografía llena de polvo —dijo Michael alumbrándola con la luz del móvil.

Antes de que Michael pudiera sacarle el polvo, un gran estruendo que hizo retumbar toda la estancia los asustó y Michael se guardó la fotografía en el bolsillo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Kelly agitada.

—Viene de la zona del ascensor.

Salieron corriendo con el corazón a mil por el pasillo, volviendo sobre sus pasos para ver que había sucedido y pudieron ver como la reja, de golpe, se había cerrado.

—¡Qué extraño! —exclamó Michael mirando con atención la reja al

tiempo que gritó—. ¿Hay alguien ahí?

Michael, no obtuvo respuesta.

—De nuevo estamos atrapados... —dijo Kelly con un hilo de voz.

Kelly, poco a poco iba perdiendo la esperanza de salir de allí. La puerta cerrada era sólo una metáfora más que le hacía recordar que estaban atrapados en Navidad. Una parte de ella, se negaba a resignarse, no quería tener que quedarse mucho tiempo allí dentro. Otra parte de ella, se sentía protegida al lado de Michael y se convencía a sí misma de que conseguirían salir de allí. Kelly, pensaba que si le hubiera tocado vivir aquello sola hubiera sido peor, se hubiera asustado muchísimo más y no sabía qué hubiera podido pasar, pues ella se definía a sí misma como una persona bastante miedosa.

Dejaron estar la puerta de la cerrada reja y volvieron a avanzar hacia la conocida habitación de la mesa, los cajones y el sillón marrón de cuero con la intención de volver a investigar.

Volvieron a pasar de nuevo por aquel pasillo del sucio suelo con aquel fuerte olor a humedad y una vez allí en la habitación, Kelly, quiso abrir otro de los cajones de la mesa. En ese momento, y para su sorpresa, la luz de su teléfono móvil, se apagó.

—¡No puede ser! Batería baja —se lamentó al ver la tenue iluminación de la pantalla de su móvil.

Respiró hondo y fue avanzando de manera pausada y a oscuras, con los brazos extendidos. No saber hacia dónde se estaba dirigiendo llenaba su cuerpo de una fuerte adrenalina. Finalmente y como era de esperar, en uno de los pasos que dio, se tropezó con algo que había en el suelo y cayó al suelo. El sonido del golpe, hizo reaccionar a Michael, que había estado absorto inspeccionando por su cuenta la habitación y fue hacia donde estaba una quejumbrosa Kelly, alumbrándola con su teléfono.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —dijo Michael alumbrando con la luz el rostro de Kelly.

—Sí. La luz de mi móvil se ha apagado y me he tropezado con alguna cosa que hay en el suelo.

Al escuchar esto último, Michael, enfocó con la luz el suelo sobre el que Kelly estaba y vio lo que parecía ser una trampa.

Sólo se oían sonar sus pasos sobre el crujir de la madera. Los dos, se habían introducido minutos antes por la trampilla que habían encontrado en el suelo de aquella polvorienta habitación mientras la estaban inspeccionando y caminaban ahora por un estrecho pasadizo oscuro. El pasadizo, sólo estaba siendo iluminado por la luz del teléfono de Michael, mientras una temerosa Kelly, iba pegada a sus pasos.

Al tiempo que, Michael, oía la agitada respiración de Kelly al caminar por el estrecho y oscuro pasadizo, pensó con inquietud que él también podía quedarse en cualquier momento sin batería en el teléfono móvil como ya le había pasado a Kelly y por lo tanto, esta vez, quedarse sin ninguna luz.

—Tendremos que darnos prisa, puede que nos quedemos sin luz —dijo Michael sin parar de acelerar el paso.

—Estoy muy cansada y hambrienta, llevo ya muchas horas sin comer —masculló Kelly intentando seguirle el paso.

—Vamos, Kelly —contestó Michael con suavidad.

El paso rápido de Michael, le estaba resultando imposible de seguir a Kelly. Se sentía agotada y no tenía más ganas de aventuras, sólo quería estar disfrutando de la Nochebuena en compañía de su padre, su novio Tyler, su madrastra, su hermanastra Daniela y ojalá también en compañía de su madre, Deborah. Cada Nochebuena, de manera especial, Kelly echaba de menos a su madre, y eso, el tiempo no lo podía borrar, por más nochebuenas que pasaran en su vida. Kelly, echaba también de menos, muchos momentos que el pasar del tiempo había convertido en algo mágico. En ese momento, Kelly comenzó a recordar. Recordó el momento en el que preparaba con su madre las galletas de jengibre que tanto le gustaban. Kelly, por aquel entonces tenía ocho años y había dejado la mesa cubierta de harina. Su madre la contemplaba feliz, mientras Kelly, no se percataba de que tenía las manos repletas de harina, dejando así su minúscula huella en todo lo que tocaba. Recordó también, las caras de felicidad de su madre y de su padre, cuando ella abría los regalos que Papá Noel le había dejado bajo el árbol, al lado de la chimenea, contemplando antes, que ya no había ni rastro de unas cuantas galletas de jengibre que Kelly le había dejado a Papá Noel, sabedora de la increíble necesidad de reponer fuerzas después de repartir tantos regalos y para ello, no había nada como las galletas de jengibre de su madre. Eran tantos y tantos momentos especiales lo que iban viniéndole a la mente, haciéndola sentir nostálgica, pero feliz de haber podido compartir todos aquellos momentos,

junto a ellos. Dándose cuenta de que nunca hubiera podido imaginar lo dichosa que era, en esos precisos momentos y cuánto iba a echarlo de menos.

Cuando ya habían caminado un par de metros, Michael, a lo lejos, divisó lo que parecía ser una puerta de metal. Kelly, seguía ensimismada en sus recuerdos, como única fortaleza para poder avanzar y no se había dado cuenta de la presencia de la puerta.

—¡Eh! Mira, Kelly, una puerta —dijo Michael.

Al oír estas palabras, Kelly reaccionó y miró hacia el frente.

—¡No puede ser! —dijo Kelly poniéndose las manos en la cabeza—. Por fin vamos a salir de aquí.

Los dos, habían recobrado ilusionados la esperanza de poder salir de allí y más aún cuando todavía tenían la luz del teléfono de Michael.

Intentaron abrir la puerta de metal con la relativa facilidad con la que abrieron la trampilla. Se dieron cuenta de que, al contrario que la trampilla, esta puerta sí tenía cerradura. La trampilla, tan sólo tenía un pestillo. Michael, probó de nuevo como método para abrir la puerta, con la misma tarjeta de crédito. La pasó una y otra vez por el lateral de la puerta y esta vez, al contrario que con la reja, no funcionó. Desesperado, dio una patada a la dura puerta de metal, consiguiendo así retorcerse de dolor.

Kelly, intentando templar los nervios, probó con el pasador para el cabello, haciendo palanca en la cerradura, lo giró para un lado y para el otro y finalmente y para sorpresa de ambos, la puerta se entreabrió.

Respiraron aliviados y no dudaron en avanzar, abriendo del todo la puerta.

Una vez que atravesaron la puerta, con la ayuda de la iluminación del teléfono de Michael pudieron ver atónitos que se encontraban en el *parking* de la empresa.

—¡No puede ser! ¡Esa puerta nos ha traído hasta el *parking*! —gritó Kelly eufórica.

—¡Sí! Por fin podemos entrar a la planta baja de la empresa—dijo Michael agotado pero aliviado.

Se dirigieron hacia dentro de la empresa, por la puerta que conducía del *parking* a la puerta de entrada de la empresa. Caminaron hacia la puerta de entrada y una vez allí, comprobaron que no había nadie. Ambos esperaban encontrarse al vigilante, pero no había ni rastro de él.

—¿Simon, está ahí? —preguntó Kelly.

—Simon, ya hemos salido del ascensor —dijo Michael elevando el tono de voz.

No hubo respuesta, así que, los dos aprovecharon a mirar por los cristales de la planta baja. Fue inútil asomarse. La espesa nieve que se agolpaba en los cristales, no les dejaba ver nada. Fueron entonces a abrir la puerta de salida a la calle y tampoco pudieron. Comprobaron que la puerta estaba atrancada por la fuerte nieve que la cubría. La empresa del padre de Kelly, estaba en una zona muy apartada de Nueva York, llena de sitios sin edificar, así que, era fácil que se acumulara la nieve allí. Mientras miraban de nuevo por la ventana, oyeron ruidos que parecían venir de las plantas de arriba. Kelly, preocupada y angustiada, cerró los ojos para protegerse y se transportó a un suave día de primavera con su madre. Corría una suave brisa que le despeinaba el cabello, su madre, a su vez, le recolocaba el cabello con una sonrisa. Las dos iban paseando por el parque de Nueva York, contemplando el día soleado, oyendo el piar de los pájaros y sintiendo el aire en la cara.

La voz del vigilante, la hizo volver de nuevo al presente.

—Chicos, os he estado buscando; la luz ha regresado. Os he estado llamando, pero no parecíais oírme—dijo el vigilante.

—Sí, la luz regresó, pero el ascensor se volvió loco y nos llevó hacia una extraña planta —dijo Michael.

—¿Una extraña planta? —dijo incrédulo el vigilante— A mí, no me han informado de la existencia de una extraña planta.

—No importa, el caso es que ya estamos aquí... Y tengo hambre —dijo Kelly al tiempo que notaba el sonar de sus tripas.

El vigilante, amablemente la acompañó hasta la máquina en la que él, de manera cotidiana, sacaba sus cafés.

—Ahora con la luz, debería funcionar —dijo riendo el vigilante.

—Gracias, Simon —dijo Kelly sonriendo.

Kelly, no sabía muy bien qué café coger. Barajó varias opciones hasta que un *capuccino* le resultó apetecible. Abrió ansiosa su bolso para coger el monedero e introducir las monedas por la ranura de la máquina y en ese momento, se le cayeron los documentos que había cogido de aquella extraña planta. Kelly, ya casi había olvidado que los llevaba encima. Los recogió rápidamente del suelo y antes de que pudiera echarles un vistazo, apareció Michael. En un movimiento rápido, Kelly se guardó los documentos de nuevo en el bolso y lo miró sorprendida.

—¿A mí no me vas a invitar a un café? —preguntó Michael sonriendo.

—Sí, claro, es Navidad —respondió Kelly.

Kelly, echó el dinero en la máquina y pidió dos *capuccinos*.

Cada uno, con un café en su mano, se sentaron en los sillones rojos de la planta baja a descansar y charlar relajados, mientras tomaban el café.

—Quiero intentar llamar a casa —dijo Kelly dándole un sorbo al café.

—No sabemos si los teléfonos funcionan —dijo Michael removiendo el café.

—Probemos —dijo Kelly bebiéndose de un trago el café que le quedaba.

Los dos, fueron hacia la zona del teléfono. Kelly descolgó y le pareció no oír ninguna señal. Marcó el número de su casa, pero como ella ya sospechaba, el teléfono no dio tono. Colgó el teléfono, esperó un segundo y volvió a intentarlo de nuevo, sin éxito. En ese instante, disgustada fue a buscar al vigilante.

—El teléfono no funciona —dijo Kelly fastidiada.

—Sí, lo sé. Con esta nevada, los teléfonos están averiados —dijo el vigilante.

Kelly suspiró y se marchó de nuevo hacia la zona del teléfono, donde Michael estaba.

—Bueno, parece que tendremos que pasar aquí la noche... O hasta que pare de nevar y se pueda salir. Los teléfonos siguen sin funcionar —dijo Kelly mirando hacia el suelo.

—Mi teléfono, ni siquiera tiene cobertura... No te preocupes, no es tan malo, tenemos una máquina de cafés —dijo Michael riéndose a carcajadas.

—Sí, pero espero no tener que pagarlos yo todos —dijo Kelly riendo.

—No te preocupes, yo te pagaré a cambio unos chocolates de esa máquina de la derecha —dijo Michael señalando la máquina de chocolates y demás dulces—. Es Navidad, ¿recuerdas?

Kelly se despertó con los primeros rayos del sol en el sillón rojo de la planta baja. Comprobó que se había quedado dormida y poco a poco fue abriendo los ojos. La estancia iluminada por el sol, la hizo darse cuenta de que era de día. Miró a su lado y vio a Michael, mirándola. Aquello la asustó y dio un brinco.

—He estado esperando a que te despertaras —dijo Michael sonriendo—. No quería irme sin despedirme de ti.

Kelly miró por la ventana. La nieve que se agolpaba anoche en los cristales, había desaparecido.

—¿Ya nos podemos ir? —preguntó Kelly aún bastante adormecida.

—Sí. Acaban de pasar hace un rato las máquinas quitanieves, el camino está despejado.

—¿Tú no has dormido? —preguntó Kelly examinando a Michael con atención ahora que los rayos del sol lo alumbraban.

—No, con el *capuccino* que me tomé, no pude pegar ojo.

—A mí, los cafés no me hacen nada. Por cierto, ¿llevabas mucho tiempo mirándome antes de que me despertara? —preguntó Kelly expectante.

En ese momento y antes de que Kelly pudiera obtener una respuesta, llegó el vigilante.

—¿Todavía estáis aquí? ¿Os ha gustado el plan de pasar la noche de Navidad aquí y queréis pasar el día también? Que sepáis que esto, sólo me lo van a pagar a mí... —dijo el vigilante riendo.

—No, ya nos vamos, pero antes, tengo que pasar por el aseo.

Kelly se marchó al aseo. Se lavó las manos y miró su aspecto en el espejo. Observó que se veía muy cansada. Se avergonzó de que Michael la hubiera visto así, con aquellas desaliñadas pintas, pero así era la vida... Uno no se despertaba favorecido, o al menos no ella, y menos aún todavía habiendo vivido una noche tan agotadora. Se hizo un moño con el pasador que llevaba en el bolso, respiró hondo y salió del aseo. Echó la vista hacia Michael, quien continuaba reposando relajado en uno de los sillones rojos que antes le había servido de cama.

—Bueno, yo me voy ya. Ha sido un placer conocerte —dijo Michael con una sonrisa—. Si te veo alguna vez por la empresa, te saludaré. Lo mismo incluso algún día, podemos ir a tomar un café. Pero eso sí, no por la noche, ya sabes...

—Para mí, también ha sido un placer conocerte. Hasta pronto —dijo Kelly

intentando sonreír.

En ese momento, Michael abandonó la empresa y Kelly fue hacia la zona del teléfono. Descolgó y comprobó animada que había línea. Marcó mientras se humedecía los labios el número de su casa y al segundo tono, se puso al teléfono Gillian, su madrastra.

—¿Sí? —contestó Gillian.

—Hola, estoy en la empresa todavía. No te asustes. Han pasado algunas cosas que ya os contaré. Estoy bien. Te aviso de que salgo para la casa ahora mismo.

—Kelly, ¿estás bien? Voy a avisar a tu padre.

—No, no te preocupes, con que se lo cuentes tú es suficiente, sólo dile que ya voy para allá.

—Sí, necesitará oírlo. Estábamos muy preocupados.

—¿Y mi novio? ¿Cómo está?

—Está aquí. Hemos pasado la noche muy preocupados y se ha quedado aquí a pasar la noche con nosotros. Incluso, cuando ya era muy de noche y no habías venido, salió a buscarte con su coche, pero no pudo acceder hasta la empresa. Dijo que estaban todos los accesos cortados.

—No os preocupéis, ya voy para allá

Kelly colgó el teléfono y se quedó pensativa. Se despidió del vigilante y caminó liberada hasta el *parking* para coger el coche y emprender el ansiado viaje de vuelta hacia su casa, poniendo fin así a esta extraña aventura no planeada. Se sentía culpable de no haber podido pasar la Nochebuena con su familia, pero se disculpaba pensando en que la culpa, no había sido de ella. Estaba deseando llegar a su casa, ver a su familia y poder quitarse los tacones. Al quedarle escasos metros hasta llegar a él y ver que podía montarse por fin en el coche, sintió un gran alivio. Una vez llegó, se sentó en el asiento del conductor y cerró la puerta. Reclinó su cabeza en el reposacabezas del asiento, miró hacia arriba y exhaló.

Se puso el cinturón de seguridad, arrancó el motor y su *mini* se puso en marcha.

TTT

Oía caer las gotas de lluvia sobre la luna delantera del coche y el parabrisas no daba abasto. El clima había cambiado demasiado, pues había sido hace unos minutos, esta misma mañana, cuando los rayos del sol la despertaron en el sofá rojo. Rayos de sol que habían dado paso ahora a una tormenta. Kelly puso música para tratar de relajarse y crear una atmósfera

positiva a su alrededor.

Había bastante tráfico en Nueva York. Si ya de por sí, había siempre bastante tráfico, aún más había en Navidad. Nueva York era una auténtica locura en Navidad, todo se paralizaba y todo el mundo quería vivir la Navidad al máximo. Aquello era para vivirlo al menos una vez en la vida.

La lluvia, propiciaba que el ambiente estuviera muy cargado de humedad, dando como resultado que Kelly comenzara a toser. En unos segundos y sin proponérselo, se vio inmersa en un fuerte golpe de tos. Como tosía de manera incesante, Kelly buscó su inhalador en el bolso que llevaba como única compañía en el asiento del copiloto. En un movimiento, mientras buscaba de manera incesante su inhalador por el bolso, aquellos documentos que cargaba también en el bolso, cayeron bajo el asiento del copiloto. Sin darse cuenta de que los documentos habían caído, Kelly continuó buscando su inhalador, intentando a su vez controlar la molesta tos. Al cabo de unos interminables segundos para ella, encontró su tan deseado inhalador y aprovechando el monumental atasco en Nueva York, pudo ponérselo sin problemas. Volvió a guardarlo y dejó su bolso, de nuevo, en el asiento del copiloto. Instantes después y para su fortuna, el golpe de tos, desapareció.

Por fin llegó hasta su casa en *Cold Spring*. Era una casa blanca, con unas escaleras que subían hasta la puerta de entrada, atravesando en primer lugar un pequeño jardín. La casa estaba decorada ahora con motivos navideños por su padre y Gillian. Recordó con añoranza cómo la habían decorado años atrás su madre Deborah, su padre John y una minúscula versión de ella. Entre risas, su padre John se subía al tejado —con cuidado de no caerse—, para adornarlo con luces de colores, mientras su madre, inundada por el espíritu navideño, decoraba el pequeño jardín con un Papá Noel que se iluminaba de colores por la noche. Kelly, a su vez, siempre pedía adornar la puerta de entrada a la casa con su muñeco favorito, un reno marrón con un gorro de Papá Noel. Lo colocó en la puerta y miró sonriente a su madre, quien llevaba también puesto en ese instante un gorro de Papá Noel que cubría y adornaba con gracia su linda cabellera color marrón.

Kelly se bajó del coche, cogió el bolso y subió rápidamente hasta su casa. Tenía muchas ganas de contarles lo que había vivido.

—¡Hola! —dijo Kelly dejando las llaves en el mueble de la entrada.

—¡Kelly, por fin estás aquí! —dijo su novio Tyler recibéndola con un fuerte abrazo.

Kelly, le notó un brillo diferente en sus enigmáticos ojos marrones, como

si se alegrara de volver a verla, y no era para menos. Lo encontró enfundado en un tierno gorro de lana rojo, que contrastaba así con su oscuro cabello. Los dos, pasaron agarrados al salón, como dos tórtolos y se reunieron con John, Gillian y Daniela, la hija de Gillian. Kelly los encontró viendo las noticias que hablaban del temporal de nieve que había asolado las últimas horas en Nueva York —y que había vivido en carne propia—. Kelly, apreció que Gillian, llevaba un vestido de cuadros rojos a juego con su pelo. Vestido al que adornaba ahora con una sonrisa en el rostro al contemplar feliz su llegada. Sentada al otro lado del sofá estaba Daniela, con su característico cabello negro, con tanto brillo que hacía notar su presencia. Su padre, John, estaba sentado en el sofá y era el dueño y señor del mando a distancia. Únicamente, ver la entrada de Kelly al comedor pudo hacer que se despegara del sofá. En ese momento, Kelly, pudo ver que llevaba la camisa azul, que le había regalado su madre Deborah hace años y una chaquetilla blanca por encima.

—¿Dónde has estado, Kelly? —preguntó su padre John con inquietud en la mirada.

—Me quedé encerrada en el ascensor —contestó Kelly.

—¿Qué pasó? —preguntó su padre preocupado.

—Se fue la luz por la gran nevada y el ascensor dejó de funcionar —dijo Kelly encogiéndose de hombros—. Pero, lo más curioso fue que cuando regresó la luz; el ascensor me llevó a una extraña planta.

—¿Una extraña planta? —preguntó su padre John atónito.

—Sí, una extraña planta dónde tan sólo había una reja.

Kelly, pudo ver que su padre se había quedado muy asombrado. Su expresión, se tornó aún más seria.

—Bueno, lo importante es que estás aquí —dijo Gillian sonriendo.

—Sí, aunque me hubiera gustado pasar la Nochebuena con vosotros... —dijo Kelly.

Kelly, no quería decir que le gustaría haber pasado la Nochebuena con su madre. No quería hacer sentir mal a Gillian, después de todo, siempre se había portado muy bien con ella.

—No te preocupes, ya habrán más Nochebuenas —dijo Daniela mirándola con sus penetrantes ojos marrones.

Kelly se sentía cansada. Se subió al baño, se dio una reconfortante ducha y después se comió el pavo que le habían guardado de la cena de Nochebuena.

Kelly cerró la ventana de la oficina. El aire que entraba desde la ventana, la estaba enfriando. Había abierto las ventanas como todas las mañanas, para que el espacio se ventilara y corriera el aire. Aún con más motivo hoy, ya que, las ventanas, habían estado desde Nochebuena cerradas, y hoy ya era veintiséis de diciembre.

En un momento, mientras Kelly se encontraba trabajando con el ordenador de su oficina, la voz de su padre viniendo de los pasillos, la alertó.

—¡Ha habido un robo! —gritó John irrumpiendo en su oficina.

—¿Cómo? —preguntó extrañada Kelly.

—Me ha desaparecido el caballo de oro que adornaba la mesa de mi despacho y algún dinero que guardaba en la caja fuerte —dijo John angustiado y rascándose la cabeza.

—¡No puede ser! —exclamó Kelly.

John salió de su oficina tan rápido como llegó y Kelly se quedó pensativa: «¿Quién habrá robado? ¿Habría alguien más aquella noche de Nochebuena?». No perdió más tiempo y siguió trabajando con el ordenador y a su vez, revisando los documentos que dejó sin terminar en Nochebuena. La faena se le estaba acumulando y no había tiempo para distracciones.

TTT

Ya eran las doce, Kelly vio que era la hora de darse un descanso y decidió ir a tomarse su café en soledad, ya que Tyler, quien a veces la acompañaba, esta vez no la estaba esperando, y no era tan extraño en realidad, pues había muchos días en los que no la acompañaba. De hecho, había veces en las que se lo encontraba caminando. Bajó por las escaleras —pues ya le había cogido algo de recelo al ascensor—, y allí en recepción, en la planta cero, pudo ver a Michael. Michael cruzó la mirada con la de ella, a la vez que sus labios dibujaron una fina sonrisa y en ese momento, Kelly se acercó hacia él.

—¿Qué haces aquí todavía? Es la hora del descanso —dijo Kelly.

—Te estoy esperando —dijo Michael sonriendo.

—¿Esperándome? ¿A mí? —preguntó Kelly extrañada.

—Sí, a ti. Tengo algo que enseñarte, ¿podemos tomar juntos un café?

—Claro —respondió Kelly intrigada.

Acto seguido, los dos se dirigieron hacia la cafetería más cercana a la empresa de Telecomunicaciones y pidieron con ironía un *capuccino*.

—Cuéntame, ¿qué era eso que tenías que enseñarme? —preguntó Kelly con interés.

—Por eso te he traído aquí, es una cosa muy delicada...

—¿Delicada? Dime sin rodeos.

—La noche en la que nos metimos a investigar esa extraña planta, encontré esta fotografía. Quiero que la veas —dijo Michael sacándose la fotografía del bolsillo.

Michael le entregó la fotografía a Kelly y ella nada más verla se quedó sin habla. Su rostro palideció y sus ojos se abrieron de par en par.

—Se parece mucho a mí... —dijo Kelly con estupefacción sin parar de mirar la fotografía.

—Lo sé. En cuanto llegué a casa, la saqué del bolsillo y la vi, pensé que eras tú, por eso te he estado esperando.

—Yo encontré unos documentos —dijo Kelly acordándose y entregándole a Michael de nuevo la fotografía—. Precisamente, los llevo en el bolso, pero no he tenido oportunidad de verlos todavía.

En ese momento, Kelly abrió el bolso e intentó mostrarle los documentos a Michael, pero comprobó incrédula que ya no los llevaba.

—¡No puede ser! —dijo Kelly con estupor— Los llevaba aquí...

—Tranquila, ese bolso es enorme... Seguro que aparecerán por algún lado.

Kelly, se había quedado sin habla al descubrir que no había ni rastro de los documentos que se suponía, llevaba encima, pero se quedó aún más en *shock* con la fotografía que acababa de ver, y le pidió de nuevo la fotografía a Michael para examinarla. Al volver a mirarla, Kelly continuaba sin dar crédito y seguía sin entender nada: «¿Qué hace una sucia y abandonada planta en la empresa de Telecomunicaciones de mi padre? ¿Por qué nadie sabía de la existencia de esa planta? ¿Por qué soy idéntica a la mujer que aparece en esa foto?» Eran muchas las preguntas que se agolpaban en su cabeza y para las que no tenía respuesta.

Tratando de pensar en otra cosa, Kelly, volvió a recordar lo que Michael le había contado sobre su padre, acerca de que este estaba en el hospital la noche de Nochebuena. Recordó que la última vez que ella se lo mencionó durante aquel encierro, él no había querido responder a su comentario, pero Kelly, pensó que ahora, ella para él, ya no era una simple desconocida, pues ya habían compartido toda una aventura juntos y tal vez, podía confiar en ella.

—Michael, ahora que no soy una desconocida para ti, ¿te puedo preguntar algo?

—Dime —respondió Michael.

—¿Qué tal se encuentra tu padre?

Kelly pudo ver como a Michael le cambió la expresión del rostro. Su rostro se transformó en una especie de incomodidad. Se quedó varios segundos callado, pensativo y con la mirada perdida. Tragó saliva y tratando de contenerse respondió:

—Se encuentra bien.

—Me alegro. Y, ¿le has contado dónde estuviste en Nochebuena? —preguntó Kelly.

—No, no se lo he contado —respondió Michael negando con la cabeza—. Si lo cuento, nadie me creería.

—Lo sé, pero entre nosotros sí nos lo podemos contar. De hecho, me alegro de tener a alguien que me crea.

En ese momento, para su propia sorpresa y la de Michael, apareció a su lado Tyler.

—¡Tyler! —exclamó Kelly sorprendida.

—Hola Kelly... ¿Quién es él? —reguntó Tyler mirando hacia Michael.

—Es un compañero de trabajo —respondió Kelly titubeante.

—Hola, soy Michael —dijo Michael estrechándole la mano a Tyler.

—Soy Tyler, el novio de Kelly —respondió echándole una corta mirada a Michael mientras le estrechaba la mano y dirigiendo su mirada hacia Kelly dijo—. Venía a verte al trabajo aprovechando que es tu hora del descanso y al pasar, vi a través de los cristales de la cafetería que estabas aquí.

—Sí... —respondió Kelly.

Tras un eterno silencio que no hacía más que elevar la tensión que allí había, Kelly se marchó con Tyler, dejando allí a solas, a Michael.

Cuando ya casi enfilaba la puerta de salida y estaba a punto de empuñarla, Kelly miró hacia atrás y pudo ver cómo Michael le sostenía la mirada.

Ya por el camino hacia la empresa de Telecomunicaciones de su padre, Kelly recordó con desconcierto la imagen que Michael le había mostrado. No podía creer lo extraño que era todo y no sabía tampoco qué pensar. Además, tampoco sabía dónde estaban los documentos que había encontrado en aquella sucia planta y ahora, más que nunca, deseaba echarles un vistazo.

—¿Qué te pasa? Estás muy callada —dijo Tyler.

—No es nada, sólo estoy cansada —respondió Kelly apartándose el cabello de la cara.

Siguieron compartiendo caminar y Kelly siguió divagando sobre aquel extraño suceso que había vivido en Nochebuena haciendo caso omiso de un Tyler que continuaba expectante.

—Kelly, a mí no me engañas te conozco bien, te pasa algo —dijo Tyler mientras trataba de adivinarlo mentalmente.

—No es nada.

Kelly siguió caminando y pudo fijarse en el escaparate de una juguetería de la esquina. Se acordó de cuando ella y su madre jugaban con un osito de peluche parecido al del escaparate. Su madre movía el osito y le ponía voz, consiguiendo así sacarle unas cuantas carcajadas. ¡Cuánto echaba de menos aquellos momentos! Volvió a recordar que había sido tan feliz, sin haberse dado cuenta entonces de lo afortunada que había sido en aquellos maravillosos instantes. Tan sólo el paso del tiempo, le había hecho valorar y darse cuenta de lo importante que era el vivir cada momento, junto a su madre.

TTT

Sentada en la cama, Kelly se preguntaba qué significaba aquella fotografía que Michael había encontrado. Se preguntaba qué hacía una fotografía suya en aquel abandonado lugar. Le parecía todo tan extraño; su vida era tan normal antes de todo esto y ahora no encontraba ninguna explicación para todo aquello que estaba viviendo. Intentó despejarse leyendo un poco, pero la lectura no conseguía atraparla. Eran demasiados los pensamientos que se agolpaban en su cabeza y para los que no tenía respuesta. Encendió su ordenador portátil e intentó ver alguna película, para ver si esta vez sí conseguía distraerse, pero tampoco funcionó. Desesperada, apagó el ordenador y se quedó pensativa en la cama.

Kelly, daba vueltas y vueltas en la cama sin poder dormir. Viendo que no conseguía coger el sueño, decidió ir a la cocina a hacerse un vaso de leche caliente para desconectar. Al pasar por el pasillo, pudo ver que la puerta de la habitación de su hermanastra Daniela, estaba cerrada, pero había luz asomando por debajo de la puerta. Le pareció extraño, pues era muy tarde y no era normal que estuviera todavía con la luz encendida, y más aún cuando Gillian y John estaban durmiendo y ella también debería estarlo. Aquello la intrigó, pero estaba demasiado inquieta como para investigarlo y lo dejó estar. Continuó caminando hacia la cocina —con un millón de pensamientos acudiendo de manera libre a su cabeza— para prepararse el vaso de leche que sabía que la ayudaría a relajarse y poder dormir.

Una vez que se preparó el vaso de leche y lo tomó, enfiló el camino de vuelta hasta su habitación. Antes de llegar a su habitación, pudo ver como la luz de la habitación de Daniela, lucía ahora apagada.

Kelly se montó en el coche como cada mañana para ir a trabajar. Dejó el bolso en el asiento del copiloto y cerró la puerta. Se quitó el abrigo, se puso el cinturón de seguridad y puso el coche en marcha.

A mitad del viaje, el camino se le estaba haciendo muy pesado y se encontraba pensando una vez más en todo lo que había ocurrido en aquella inhóspita planta y en todo lo insólito que allí habían encontrado. Como método para que no se le continuara haciendo el viaje tan pesado y distraerse, se le ocurrió poner música y tal vez así poder desconectar de todos los pensamientos que le invadían. Al mirar de nuevo hacia la carretera, pudo ver que todos los coches que había delante de ella, estaban parados a escasos centímetros de su coche. De manera rápida y sin pensarlo, dio un frenazo y su bolso cayó debajo del asiento del copiloto. Respiró profundamente y puso las manos extendidas sobre el volante, con la cabeza escondida tras las manos.

Al llegar a su destino, Kelly pudo coger su bolso del suelo del coche y su vista se fijó en algunos papeles sueltos que estaban también debajo del bolso. «¿Qué es esto?», pensó extrañada sin quitarles el ojo de encima. Cogió los documentos y los examinó con atención. Se dio cuenta de que eran aquellos documentos desgastados por el paso del tiempo que había encontrado en aquella extraña planta. Pudo fijarse bien en aquellos papeles y vio que parecían ser de su madre. Siguió mirando, de nuevo haciendo un gran esfuerzo por poder leerlo, y vio que estaban a nombre de la empresa de Telecomunicaciones, pero firmados con el apellido de soltera de su madre. Aquello la desconcertó totalmente. Ella, siempre había creído que la empresa, era de su padre. Trató de recomponerse ante este inesperado hallazgo y se metió los papeles en el bolso. Abrió la puerta del coche y salió de él bastante impactada.

Entró hacia su oficina y los pensamientos, corrían libremente por su cabeza: «¿Qué significa todo esto? Primero, la fotografía y luego, los documentos», pensaba sin dar crédito.

TTT

Movía sin poder parar el bolígrafo y no podía concentrarse en nada de lo que estaba haciendo. Aquellos descubrimientos le habían robado toda la atención. Se levantó, se atusó la falda y miró por la ventana, tan sólo quedaban

varios minutos para la hora de descanso.

Decidió salir con antelación de su oficina y esperar a Michael abajo, aprovechando que iba a ser la hora del descanso y así poder contarle lo que había encontrado. Kelly se había vuelto muy solitaria desde la muerte de su madre y únicamente Tyler y ahora Michael habían conseguido acompañarla en el descanso.

Esperó un par de minutos y a cada minuto que pasaba, más se le iba acortando la paciencia. Aquello de esperar no era lo suyo.

Desesperada, al ver que pasaban los minutos y Michael no aparecía, se marchó con resignación a la cafetería más cercana a la empresa a la que siempre iba, para tomarse en soledad su *capuccino*.

Pidió su café, y se sentó en una mesa al lado de la barra.

Mientras estaba tomándose el café, Kelly se giró a curiosear y pudo ver a Michael, sentado en otra mesa del fondo.

Kelly se sorprendió al verlo. Estaba indecisa y no sabía si acercarse o no a él. Pensó que quizá, se había molestado por lo que pasó en esta misma cafetería, cuando Tyler llegó y se marcharon abruptamente. Finalmente, y tras mucho pensarlo, se armó de valor y decidió acercarse hasta él. Caminó con paso firme y con cuidado de no derramar el café que llevaba en la mano, hasta la mesa de Michael.

—Hola, Michael —dijo Kelly.

—Hola —dijo Michael mirándola fijamente.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Kelly.

—Claro, siéntate —dijo Michael señalando el asiento.

Kelly se sentó en la silla de en frente, dejó su *capuccino* en la mesa, cogió aire y comenzó a charlar.

—Michael, he encontrado los documentos...

—Lo ves, te dije que ese bolso enorme se los habría tragado.

—¡No! Estaban en el coche.

—¿En el coche? —repitió incrédulo Michael.

—Sí, en el coche —y reclinándose sobre la silla dijo—. Pero eso no es todo... Los documentos eran de mi madre.

—¿Qué dices!

—Lo que oyes. Quiero volver a investigar en esa extraña planta... —dijo Kelly dándole un sorbo al café.

—¡Kelly! Eso es peligroso, te van a pillar...

—Hay algo que todavía no te he dicho —Kelly carraspeó, miró hacia los

lados, se recolocó de nuevo en la silla y dijo—. Mi padre, es el dueño de la empresa de Telecomunicaciones.

Michael enmudeció, se quedó sin habla. No podía dejar de mirar atónito hacia Kelly, pero sin poder pronunciar palabra.

—¿Te has quedado sin palabras? —dijo Kelly al observar que Michael no reaccionaba.

—Francamente, no es algo que me esperara —consiguió responder Michael.

—Bueno, no te preocupes, yo intentaré conseguir todas las llaves de la empresa.

—¿Vas a hacerlo todo tú sola? —respondió Michael.

—Sí, a menos que tú quieras acompañarme.

—Es peligroso...

—No te preocupes, iré yo sola —dijo Kelly levantándose de la silla.

—Que te acompañe tu novio Tyler —dijo Michael.

—¿Cómo? —dijo Kelly volviéndose hacia Michael— Tyler no sabe nada, esto es algo mío, bueno nuestro...

Dicho esto, Kelly se marchó de la cafetería y volvió hacia la empresa. Se metió en el despacho de su padre, con la intención de investigar dónde guardaba las llaves de la empresa, aprovechando que aún era la hora del descanso. Encontró en un pequeño armario algunas llaves, las comparó con las suyas y se dio cuenta de que esas no las tenía. Escuchó pasos y rápidamente se las metió en el bolsillo.

—Kelly, ¿que estás haciendo aquí? —dijo su padre al verla.

En ese momento, con el corazón a mil, Kelly pensó con rapidez en una excusa, tenía poco tiempo para responder.

—Estaba buscando el caballito de oro, tiene que estar por alguna parte —dijo Kelly.

—No, Kelly. El caballo ha desaparecido.

Kelly enmudeció y se marchó del despacho de su padre, con un montón de llaves en el bolsillo.

TTT

La tarde se le estaba haciendo eterna, no veía la hora de que acabara la jornada para poder investigar de nuevo en aquella extraña planta. Recordó que la última vez que se internó allí, se quedó sin luz y puso a cargar la batería de su teléfono móvil para evitar, esta vez, quedarse sin ella. Tenía la intención de entrar por la puerta de metal que había en el *parking*, y estaba deseando con

todas sus fuerzas que una de las llaves que había cogido del despacho de su padre, abriera esa puerta. Tenía fe de encontrar nuevas cosas de su madre. Le apetecía poder sentir a su madre cerca, tal vez descubriendo nuevas cosas de ella. En ese momento, se le pasó por la cabeza si su padre conocía la existencia de esa planta. Pensó que, si así fuera, nunca se lo dijo: «¿Por qué iba a guardarlo en secreto? ¿Qué había allí que no quería que nadie viera?» Kelly, pensó también en por qué nunca le había dicho nada acerca de que él no era el fundador de la empresa, sino su madre. Todo estaba pasando demasiado rápido y no le estaba dando tiempo a asimilarlo. Ella, sólo quería tener noticias de su madre.

TTT

Observó la fotografía de su madre y ella que había sobre su mesa de la oficina. Era la fotografía en la que ambas estaban más sonrientes. La observó y viajó hasta aquel instante. Era el día de su décimo cumpleaños, su madre le había preparado una enorme tarta de galletas. Nada hacía presagiar que ese año, su madre le faltaría, quizá por eso le tenía tanto cariño, porque era su último recuerdo, su última fotografía juntas.

—¿Kelly? —dijo interrumpiéndola en ese momento su padre. Miró su reloj y añadió—. ¿Todavía estás aquí?

—Sí papá, tengo que terminar unos papeles para mañana y me quedaré un poco más.

—Sabes que no me gusta que cojas el coche muy tarde.

—Lo sé, será como mucho una hora. Avisa al vigilante para que venga más tarde.

—Por cierto, Kelly, no encuentro las llaves del armario... Suerte que, siempre, guardo una copia de las llaves de la empresa. ¡Aquí están últimamente pasando cosas muy extrañas!

Kelly asintió y vio salir a su padre de su despacho. Se asomó por la ventana. El *parking*, estaba conectado por una puerta a la planta baja y no podía ver a su padre salir, desde la ventana de su oficina, pero de igual forma se asomó para detectar cualquier movimiento, y de paso serenarse. Desconectó su teléfono móvil del cargador, se lo metió en el bolsillo y bajó por las escaleras hasta la planta baja.

En el momento en el que Kelly estaba en la planta baja, oyó un ruido. Miró hacia los lados y vio que el ascensor estaba bajando. Con el corazón latiéndole con fuerza, miró atentamente. Cuando el ascensor ya estaba en la planta baja y se abrió, pudo ver que de él salió Michael.

—¡Michael, estás aquí! —dijo Kelly sonriendo y añadió— ¿Queda alguien más por ahí?

—Estamos juntos en esto, no podía dejarte sola —dijo Michael con media sonrisa—. No, yo creo que ya no queda nadie. He estado escondido, para que nadie me viera todavía por aquí.

—Necesito encontrar respuestas, necesito encontrar una explicación —dijo Kelly.

Se aseguraron de que no hubiera nadie por allí, revisando minuciosos cada rincón de la empresa y una vez que lo hicieron, Kelly cerró con una de las llaves que tenía en el bolsillo la puerta de entrada a la empresa. A continuación, ambos se dirigieron hacia el *parking*.

Una de las llaves que llevaba Kelly en el bolsillo, para su fortuna, había conseguido abrir la puerta de metal del *parking* y ambos se dirigían ahora por el pasadizo, hacia la habitación de la trampa.

Kelly caminaba con más brío que la vez anterior, quizá porque ahora era planeado y contaba con todo previsto. Tanto que ahora ella iba delante, alumbrando con la luz el paso de los dos.

—Esta vez, intentaré no tropezarme con la trampa —dijo Kelly bromeando mientras alumbraba el oscuro y estrecho pasadizo.

—No lo harás, ahora tienes luz —dijo Michael sonriendo.

Kelly le devolvió la sonrisa y siguieron caminando.

Cuando ya llevaban caminando un par de metros, Kelly empezó a caminar aún más aprisa. Pensó que en una hora vendría el vigilante y no debería encontrarlos saliendo de aquel misterioso lugar.

—Vamos, Michael —dijo Kelly acordándose de que la vez anterior era él quien la animaba.

Una vez que llegaron hasta la puerta de la trampa, abrieron con cuidado el pestillo y se introdujeron por ella, llegando así a la habitación llena de polvo en dónde encontraron todo lo que les había hecho venir, todo lo que les había dejado intrigados y con ganas de saber más.

Primero, Kelly pasó a la habitación con cuidado y luego, se giró para alumbrar a Michael, para que así, él también pasara a la oscura habitación, ayudándose de su iluminación.

Una vez que los dos habían puesto pie en aquella habitación y cerraron la trampa, se dispusieron a investigar. Cuando Kelly enfocó con su teléfono a su alrededor, no dio crédito a lo que allí encontró. Lo que allí encontró, fue la nada más absoluta. Aquella habitación estaba vacía. Kelly no podía creerlo, era todo demasiado extraño.

—¡No puede ser! —gritó Kelly presa del pánico.

—Tranquilízate, Kelly —dijo Michael clavándole sus profundos ojos negros.

Encontrarse la habitación vacía la desmoronó, se arrodilló en el suelo y estalló en llanto.

—Kelly, no te preocupes, no pasa nada. Volvamos hacia la empresa —dijo

Michael agachándose junto a ella.

—Tú no lo entiendes, yo quería saber más cosas sobre mi madre, quería volver a sentirla conmigo, descubrir nuevas cosas... Si aquí había unos documentos de ella, tal vez podrían haber más cosas —hizo una breve pausa, suspiró y añadió con la voz quebrada—. Mi madre está muerta, Michael. Tan sólo quería volver a sentirla cerca.

Aquellas palabras, a Michael, le partieron el alma. La abrazó y permitió que soltara todo el dolor que guardaba su alma, agachado a su lado, acariciándole su brillante y sedosa melena, color marrón.

Cuando finalmente Kelly se serenó, se levantaron del suelo y caminaron juntos, comprobando con desaliento que ya no había nada en ningún rincón de aquel abandonado espacio.

Al ir caminando por el pasillo que llevaba a la reja, el fuerte olor a humedad, se le iba metiendo de manera imperiosa por la nariz a Kelly. Intentó buscar su inhalador, por si acaso lo pudiera necesitar si finalmente le diera un golpe de tos y se dio cuenta de que no lo llevaba encima.

—He dejado mi inhalador en el bolso —musitó Kelly sin ningún tipo de brillo en sus verdes ojos.

—¿Y donde está tu bolso? —preguntó Michael.

—Lo dejé en mi oficina —respondió Kelly intentando mantener la calma—. Sólo me traje el móvil y las llaves en el bolsillo, no quería tener que cargar con el pesado bolso por aquí.

Llevar el inhalador con ella, le daba seguridad, y no podía creer que no lo llevara ahora consigo, generándole un tremendo y aterrador malestar.

Finalmente, tratando de calmarse, al pararse junto a la reja, Kelly sacó el montón de llaves que llevaba en el bolsillo, para intentar abrir con alguna de ellas, la reja. Tenía que adivinar cuál era la que la abriría y más aún, con la tensión añadida de no tener consigo el inhalador, por si le diera una crisis de asma. Con las manos temblorosas, pidió a Michael que sujetara su teléfono, para poder ir así, alumbrándose con la luz que salía del teléfono. Con la ayuda de la luz alumbrándole las manos, intentó probar con una llave, la introdujo por la cerradura y, para fastidio suyo, vio que no encajaba. Se retiró un mechón castaño que había caído sobre su cara y segundos más tarde, probó con otra llave, la introdujo por la cerradura y contempló con rabia como esa, tampoco entraba. Respiró hondo y sin perder la paciencia, siguió probando con otra llave.

Después de tres interminables intentos más, por fin pudo abrir la reja.

Quitándose un gran peso de encima, pasó junto a Michael y la reja se cerró, ocasionando un gran estruendo.

Estaban en frente del ascensor y vieron que no había botón para llamarlo, si no tan sólo una cerradura para introducir una llave.

De nuevo, Kelly introdujo una a una sus llaves, hasta finalmente dar con la llave exacta. La llave, consiguió activar el ascensor y no tuvieron más que esperar a que se abriera, para poder abandonar la extraña planta.

Una vez montados en el ascensor, ambos recordaron con nostalgia el primer día en el que quedaron atrapados en ese mismo aciago lugar y observaron con asombro, que el destino les había preparado volver a revivirlo. Apretaron el número cero y las puertas del ascensor se cerraron. Los dos se miraron mientras el ascensor bajaba y no pudieron evitar reír cómplices.

Cuando salieron del ascensor y ya estaban en la planta cero, Kelly se preguntaba una y otra vez con asombro, por qué ya no había nada allí.

—¿Quién se habrá llevado todo lo que había en esa planta? —preguntó Kelly.

—No tengo ni la menor idea —respondió Michael.

—Oye, gracias por venir —dijo Kelly colocándose un mechón detrás de la oreja.

—No tienes por qué darme las gracias —dijo Michael esbozando una pequeña sonrisa.

—Claro que sí que tengo que dártelas, no solo por acompañarme, sino por alumbrarme y apoyarme cuando me derrumbé allí dentro.

Michael la miró sonriente y no replicó.

TTT

Kelly, dejó las llaves de nuevo en el despacho de su padre y Michael la esperó sonriente afuera del despacho. Acto seguido, ambos fueron a por el bolso que tenía Kelly en la oficina, y una vez que lo cogió, ambos se bajaron a la planta cero a esperar allí al vigilante. Una vez estando ya varios minutos en la planta cero, los dos se miraban impacientados. Querían que el vigilante acudiera lo más pronto posible, con el deseo de poder marcharse pronto y olvidar así esa fallida aventura que hoy vivieron.

Pasados unos minutos más, el vigilante llegó y se sorprendió al verlos juntos, de nuevo como la noche de Nochebuena.

—¿Vosotros dos otra vez por aquí? —preguntó el vigilante.

—Otra vez nos hemos quedado hasta tarde haciendo faena —dijo Kelly

inventándose una excusa.

—Ya veo... —respondió el vigilante mirándolos atentamente.

—Pero ya nos vamos... —dijo Kelly sonriendo.

Ambos se despidieron del vigilante y se marcharon con ligereza hacia el *parking*.

Una vez en el *parking*, Kelly pudo fijarse en que allí, sólo quedaba ya su coche. No había ningún otro coche más.

—¿Y tu coche? —preguntó Kelly extrañada.

—Yo, vengo andando, vivo muy cerca de aquí.

—Entonces sube, te acompaño hasta tu casa, es lo mínimo que puedo hacer —dijo Kelly señalándole con la mano el coche.

—No es necesario, vivo muy cerca...

—Me viene de paso —dijo Kelly sonriendo.

Michael se montó ante la insistencia de Kelly en el coche y el *mini* se puso en marcha.

Pudieron ver que ya se había hecho de noche y Kelly iba siguiendo las indicaciones de Michael para llegar hasta su casa. Paró en un par de semáforos en rojo, giró hacia la izquierda, siguió recto, paró en otro semáforo en rojo y finalmente, llegó hasta la casa de Michael. Estaba bastante cerca, tal y como Michael dijo.

—Es aquí —dijo Michael señalando.

Kelly paró con suavidad el coche y Michael se giró hacia Kelly.

—Gracias por traerme —dijo Michael.

—Gracias a ti, por acompañarme —dijo Kelly con una sonrisa.

Michael abrió la puerta y se bajó del coche. Kelly, desde el coche lo vio avanzar hasta la puerta de su casa y una vez que subió las escaleras que conducían hasta la puerta gris de su casa, entró. Kelly se quedó mirando ensimismada el entorno. Pudo ver bastantes árboles a su alrededor y se fijó en que todas las casas eran iguales, pero la de Michael tenía la pintura ligeramente desgastada. Cada vez estaba haciéndose más de noche, así que, no quiso entretenerse más; arrancó el coche y tomó el camino de vuelta.

Puso música para no dormirse por el camino y la canción que sonó en la radio, le trajo agradables recuerdos. Recordó cómo esa canción la cantaba junto a su madre, cuando ambas estaban juntas en casa. Aprovechando un semáforo, le dio más volumen a la música y cerró los ojos. Se transportó a aquel momento y pudo volver a sentir lo mismo que sentía cuando la cantaba junto a su madre. Sintió aquella alegría y se quedó sumida en aquellas

reconfortantes sensaciones.

El claxón de los coches la hizo abrir los ojos y darse cuenta de que el semáforo, se había puesto en verde. Hizo avanzar, con una leve sonrisa el coche y llegó hasta su casa.

Era la hora del descanso. Kelly, acababa de bajar las escaleras de la empresa. Se encontraba esperando en la planta cero a Michael y poder así tomarse el café junto a él.

Los minutos pasaban y Kelly no dejaba de jugar con el abrigo que llevaba en la mano y de mirar, de vez en cuando, hacia todos los lados buscando la llegada de Michael.

Agotada de tanto esperar, miró el reloj. Con sorpresa, vio que ya habían pasado más de diez minutos. Diez minutos en los cuales había pasado allí plantada, en medio de la planta cero y todavía, no había ni rastro de Michael.

Al minuto siguiente, ya mucho más cansada de esperar, volvió a mirar el reloj. Miró hacia todos los lados, suspiró derrotada y abrió la puerta de la empresa.

Pudo comprobar que hacía bastante frío así que, dejó el bolso en el suelo, se puso el abrigo rojo que llevaba en la mano y abrochó sus grandes botones. Una vez que acertó a ponerlo, recogió de nuevo el bolso del suelo y se lo colgó al hombro. Suspiró, cerró con cuidado la puerta de la empresa y salió. Mientras el frío invadía su cuerpo, Kelly pensó en dónde se habría podido meter Michael. Pensó que, tal vez, se encontraría ya en la cafetería.

Una vez en la cafetería, Kelly agradeció el calor de aquel lugar y miró a su alrededor, buscando a Michael por allí.

No lo encontró y se sentó en una solitaria mesa que divisó en una esquina de la cafetería, al lado de la ventana. Pidió su *capuccino* y lo tomó observando el frío día de diciembre que la acompañaba desde aquella ventana.

TTT

Ya casi era la hora de irse a casa, cuando Kelly vio entrar a Michael, de golpe en su oficina.

—¡Kelly! —gritó Michael.

Kelly, sorprendida al verlo, dejó el bolígrafo que tenía en su mano, sobre la mesa y dijo:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a avisarte de que he visto a tu novio, con otra chica, en la cafetería.

—¿Qué? —dijo Kelly abriendo los ojos de par en par y segundos más tarde, añadió— Eso no puede ser...

—¿Ah, no? Acompáñame y lo ves tú misma.

Kelly, apresurada cogió su abrigo y el bolso. Acto seguido, abandonaron la empresa y ambos se dirigieron, con paso rápido, hacia la cafetería.

Cuando ambos llegaron, Kelly buscó a su novio por aquel lugar y lo siguiente que vio fue, para su sorpresa, a su novio, sentado junto a una joven chica morena que estaba de espaldas. El corazón le dio un vuelco y palideció al verlo. Sintiendo bastante impactada por aquel hallazgo y teniendo la razón bastante nublada, no pudo contenerse y en un impulso, gritó desde lo lejos.

—¿Qué estás haciendo aquí, Tyler?

Al oír esto, Tyler la miró y la chica morena, que estaba sentada de espaldas a ella, se giró. En ese momento, aliviada y avergonzada, pudo ver que la chica morena que tanto la había angustiado se trataba de Daniela, su hermanastra.

—Es Daniela, mi hermanastra —le susurró a Michael y siguió diciendo— Vaya susto me has metido...

Kelly se acercó hasta ellos y pudo ver que también estaba Gillian a su lado.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Kelly sonriendo.

Tyler la miró sonriendo y luego miró cómplice hacia Gillian.

—Estamos haciendo tiempo —dijo Gillian.

—¿Tiempo? ¿Para qué? —preguntó Kelly confusa.

—Está bien, te lo diré. Teníamos pensado, dado que mañana es el primer fin de semana desde que fue Nochebuena, haceros una cena sorpresa esta noche, para ti y para tu padre. Nos haría ilusión poder celebrar Nochebuena contigo y poder darte los regalos —dijo Gillian sonriente.

—¡Vaya! Gracias —dijo Kelly.

—Sé que te haría muchísima ilusión poder pasarla con tu padre, aunque sean unos días después —dijo Gillian.

Gillian pareció haberle leído el pensamiento, sólo que en ese plan, debería incluir también a su madre, Deborah.

—¿Y quien es él? —dijo Daniela señalando a Michael que estaba más alejado— Cuando me giré, vi que estabas a su lado.

—Es un compañero de trabajo —dijo Kelly percatándose de que Michael, todavía seguía ahí atrás, carraspeó y añadió—. Voy a terminar de recoger todo en la oficina. Luego os veo y gracias, Gillian —dijo Kelly sonriendo.

—Adiós, Kelly —dijo Gillian devolviéndole la sonrisa.

Kelly se giró para irse y pudo ver como Michael en ese momento, abandonaba la cafetería. Kelly no quiso detenerlo y salió, instantes después, de la cafetería.

Caminando por la calle, bajo el frío de la tarde de Nueva York y antes de llegar a la empresa de Telecomunicaciones, Kelly iba pensando por qué Michael había actuado así, y por qué la había tenido que hacer pasar por un momento tan embarazoso.

TTT

Kelly cogió el bolso y salió de la oficina. Dejó el abrigo en el suelo, apagó las luces y cerró la puerta. Cogió de nuevo su abrigo, se lo colgó del brazo y decidió bajar a esperar a su familia en la planta cero.

Una vez que bajó, pudo comprobar que ya estaban todos allí reunidos y a la que estaban esperando, curiosamente, era a ella. Comprobó también que Gillian, había reservado mesa en un restaurante de la ciudad. Los cinco, se dirigieron en coche hacia el restaurante. Kelly, fue hacia el restaurante en su pequeño coche blanco junto a Tyler. Daniela y Gillian, fueron en el coche de John, el cual iba delante, guiando al coche de Kelly.

Cuando consiguieron aparcar y pudieron entrar, Kelly apreció que aquel era un restaurante acogedor. Tenía una tenue iluminación, únicamente a base de velas en el centro de las mesas y unas cuantas luces cálidas que venían de unas rojas lámparas de techo, dotando así al restaurante, de un ambiente íntimo.

Tomaron asiento en una mesa redonda con un mantel blanco de seda y se pusieron a mirar la carta.

—¿Qué vas a pedir, John? —preguntó Gillian sin parar de ojear la carta.

—He visto un bistec que me ha parecido interesante —dijo John relamiéndose.

John, de todo lo que pudo ver en la carta, eligió el bistec y unas patatas. Lo mismo se pidió Gillian. Kelly, sin embargo, eligió una menestra de verduras y un poco de pavo a la plancha. Daniela, se pidió una pizza de la casa, rompiendo así con la formalidad de la cena y a Tyler, le pareció una excelente opción y acabó copiándolo. Mientras esperaban a que les trajeran todo lo que habían pedido, John aprovechó para decir algo.

—A ti, Gillian, quiero darte las gracias, por haber ideado todo esto, y permitirme poder celebrar la Nochebuena junto a mi hija, Kelly —dijo mirándolas sonriente.

—Para mí, también es algo que debo agradecerte, Gillian —dijo Kelly

visiblemente emocionada.

—No es para tanto —contestó Gillian con modestia.

Una vez que les sirvieron y se dispusieron a cenar lo que les habían traído, Kelly se percató por primera vez de que Daniela y Tyler habían pedido lo mismo. Aquello no le sentó demasiado bien, tal vez inducida por la sugestión a la que la había llevado Michael en la cafetería o tal vez por todo lo que estaba viviendo últimamente. Torció el gesto y rápidamente se dio cuenta de que tendría que aguantarse, no podía armarla en esta nueva oportunidad de tener otra cena de Nochebuena. Aprovechó para limpiarse con la servilleta y ganar así unos segundos para serenarse.

A medida que transcurría la cena, Kelly pudo ver como Tyler y Daniela reían cómplices y parecían pasarlo muy bien. Kelly no sabía lo que le pasaba esa noche, pero no estaba cómoda. Quizá Michael la había puesto en preaviso y ahora buscaba cualquier cosa para enfurruñarse y probar que algo raro pasaba.

Le llegó el turno de abrir los regalos de Navidad. Kelly rompió con cuidado el suave papel de regalo a rayas. Segundos después, de allí salió una fotografía. Antes de que pudiera reaccionar, habló su padre, John.

—Es tu madre. Es una foto de más o menos cuando tenía tu edad. El parecido es asombroso.

Kelly, al mirarla, se quedó en *shock*, todo a su alrededor pareció desaparecer. No podía creerlo, aquella fotografía era la misma que encontró Michael.

—No te lo esperabas, ¿eh? Pensé que te haría ilusión tenerla —dijo su padre mirándola con atención.

—Si... Gracias —pudo contestar Kelly.

Kelly se quedó temblando. Contemplando la fotografía, casi sin poder reaccionar.

—¿No vas a abrir los demás regalos? —la animó Gillian.

Gillian, al percatarse de que Kelly continuaba mirando atónita aquella fotografía sin hacer ningún movimiento y parecía no haberla escuchado, la tocó suavemente en el hombro y se lo repitió. Instantes después, Kelly abrió con las manos temblorosas todos los demás regalos.

Todo a su alrededor pareció haberse difuminado, nada importaba ahora, tan sólo aquella fotografía.

La música sonó en el restaurante y Kelly seguía sin reaccionar, seguía absorta en sus pensamientos, sin darse cuenta de que había salido una cantante

en aquel escenario lleno de luces, del fondo del restaurante.

—Kelly, ven, vamos a bailar —dijo Tyler parado en frente de Kelly, moviéndole las manos al son de la música.

—No, Tyler, baila con Daniela —contestó Kelly.

—Yo quiero bailar contigo —dijo Tyler sentándose y acercando su silla hasta ella.

En ese momento, Tyler se quedó junto a una Kelly que continuaba absorta en sus pensamientos, sin dar importancia a lo que tenía a su alrededor.

Hoy era fin de semana y Kelly no tenía que ir a la empresa a trabajar. Era un día de descanso, había salido un maravilloso día soleado y caminaba airosa hacia el cine, junto a su novio, Tyler. Iban a ver una película, de las románticas que le gustaban a ella. Kelly, al contrario de lo que ella pensaba, había pasado una muy mala noche en la cena sorpresa de Nochebuena. Lo bueno de eso, es que, por primera vez en mucho tiempo, de lo cansada y agotada que la dejó todo aquello, pudo dormir de un tirón cuando llegó a casa.

Tyler había dejado su coche en el aparcamiento del cine y ahora, se encontraban caminando hacia el cine. Kelly había pensado que le vendría bien distraerse.

Una vez que pasaron adentro, pudieron ver que la cola que había, no era demasiado larga.

—¿Cogemos palomitas? —preguntó Tyler.

—¡Sí! —contestó Kelly sin pensarlo.

Cogieron palomitas y Kelly, embriagada por el encantador y dulce aroma de las palomitas, aprovechó a comer algunas cuantas palomitas de la caja que acababan de conseguir. Tyler, al verlo, bromeó con ella y entre risas avanzaron hasta la sala de cine.

Los dos, pasaron casi a tientas a una lúgubre sala de cine en la que había ya una decena de personas ocupando sus butacas. Observaron felices, que el sitio que les había tocado, estaba, por suerte, en frente de la gran pantalla blanca.

Una vez que llevaban ya varios minutos sentados, observaron que las pequeñas luces que alumbraban la sala del cine, se apagaron y ahora, la sala, quedaba únicamente iluminada por las luces de emergencia que coronaban ambos extremos. Segundos después, por fin la pantalla comenzó a proyectar y ambos se reclinaron relajados en sus asientos, preparándose a disfrutar así, de la encantadora película que había elegido Kelly.

Tyler, le ofreció palomitas a Kelly, tocándole el hombro y sacudiendo la caja de las palomitas en frente de ella, para no molestar a la demás gente que, como ellos, veían atentos la película. Acto seguido, Kelly metió la mano en la caja.

En una de las escenas de la película, salió la madre de la protagonista de la película, cantando junto a su hija. Cantaban, como ella hizo una vez con su

madre y sus ojos se llenaron de lágrimas. Kelly, esta vez no lo pudo evitar y salió corriendo hacia los aseos del cine. Al ver la tierna escena, recordó con dolor todo lo que había vivido años atrás junto a su madre y no pudo más.

Kelly no entendía por qué no tenía a su madre junto a ella, y es que, mirara a donde mirara, todo le recordaba a ella, y la echaba de menos. Se encerró en una esquina de los aseos, escondiendo su cara entre las manos y llorando a mares, haciendo caso omiso a Tyler, que la llamaba a gritos desde el otro lado de la puerta de los aseos.

—Kelly, ¡abre la puerta! —dijo Tyler golpeando con insistencia la puerta.

Kelly, trató de serenarse. Respiró hondo, se levantó del suelo y se limpió las lágrimas con las manos. Se miró en el espejo, volvió a respirar hondo y abrió la puerta.

—Kelly, ¿qué pasa? —preguntó Tyler.

—No me siento bien —dijo Kelly.

—¿Quieres que vayamos a casa? —preguntó Tyler.

Kelly suspiró, miró a Tyler a los ojos y le dijo:

—En realidad, es por mi madre. Al ver la escena en la que la protagonista estaba cantando junto a su madre, se me revolvió todo y un millón de pensamientos vinieron a mi mente.

—Kelly, tu madre murió hace ya mucho tiempo y tienes que aceptarlo. Ella seguro que no querría que tú estuvieras así.

—Tú no lo entiendes, ¡jamás podré olvidarla! ¿Y además, tú que sabes lo que ella querría? Es mi madre, siempre será mi madre...

Nada más decir esto, una lágrima se escapó de sus apagados ojos y el mundo para ella, pareció detenerse.

—Vayámonos a casa —dijo Tyler.

Tyler condujo el coche, con la intención de dejar a Kelly tranquila en su casa.

Una vez que llegaron, Kelly se bajó del coche y cerró la puerta sin apenas mirarle. No tenía ganas de ver a nadie, tan sólo, a la que tenía ganas de volver, era a su madre. Tyler, también vivía en *Cold Spring*, a pocos metros de la casa de Kelly, así que, en cuanto Tyler vio que Kelly entró a casa, él se dirigió con el coche hacia su casa.

TTT

Kelly se echó en la cama de su habitación pensativa. Se sentía muy confusa, no sabía que le estaba pasando; primero, se había quedado encerrada en un ascensor y de modo milagroso, había acabado en una extraña planta que

contenía una fotografía y documentos de su madre. Segundo, el documento que allí había indicaba que su padre no era el fundador de la empresa, como ella siempre había creído, sino su madre. Tercero, aquella fotografía que le habían regalado era la misma que Michael había encontrado y el pasado parecía perseguirla. No tenía respuestas para todo esto. «Hay muchas cosas que no sé y necesito saber, porque me estan atormentando», pensaba. Y pensando, llegó a la conclusión de que, en el despacho de su padre, quizá encontraría más información y fotografías de su madre, como la que le habían regalado. Kelly quería tener recuerdos de su madre, pero a la vez, cada vez le hacían más daño. Era hurgar en una herida que todavía estaba abierta, y que ella dudaba de que se le cerrara nunca, pero lo necesitaba, quería sentir a su madre cerca y necesitaba encontrar una explicación a todo lo que estaba pasando. En ese momento, se armó de valor y sin apenas hacer ruido, fue hacia el despacho de su padre que estaba en la planta de abajo, en el sótano. Kelly, nunca entraba ahí, pues su padre, John era muy receloso con sus cosas y sabía que no le haría ninguna gracia si la veía. Pasó, alumbrándose únicamente con el teléfono móvil, para evitar llamar la atención. Aunque era ya casi de noche, todavía estaban los demás por casa. Gillian se encontraba haciendo la cena y su padre John, estaba viendo la televisión. De Daniela, no tenía ni la menor idea de donde estaba, pero desde luego, sea como fuere, no quería que la vieran investigando. Con el corazón a mil, Kelly bajó las escaleras con dirección al sótano, abrió la puerta del despacho, encendió el *flash* de su teléfono móvil y cerró la puerta. Encendió la pequeña luz de la mesa y apagó el *flash* del teléfono móvil. Se alumbró con la iluminación que salía del flexo de la mesa, confiando en que no se viera la pequeña luz, desde las escaleras. En ese momento, abrió los cajones y lo único que encontró fueron algunos documentos de la empresa recientes. Continuó buscando por los cajones y siguió encontrando más documentos recientes, pero no había ni rastro de lo que ella con tanto interés buscaba. Suspiró y miró por las estanterías para, lastimosamente, ver que allí tan sólo había libros. Continuó investigando las estanterías de en frente, y tan sólo volvió a encontrar libros y marcos de algunas fotografías recientes. Tampoco había nada más entre los libros. Con desesperación, abrió un armario que había a la izquierda, y lo único que encontró fueron más documentos y carpetas. A continuación, miró hacia arriba del armario y con asombro pudo ver una caja. Intentó cogerla y comprobó con resignación que no llegaba. Acercó la silla del escritorio y se subió a ella tambaleándose. Bajó la caja, se bajó con cuidado de la silla y dejó la caja en

la mesa. Volvió a dejar la silla en el escritorio y observó de nuevo la caja. Era una caja bastante profunda, parecía color magenta, pero había bastante polvo encima de ella como para averiguarlo. Kelly, pudo comprobar al bajarla que no pesaba mucho. Retiró un poco el polvo de la caja y procedió a abrirla.

Lo que al abrir la caja encontró, fueron una serie de fotografías. Viendo por encima algunas de las fotografías que allí había, pudo comprobar que se trataban de las fotografías de su madre. Kelly, por un lado se alegró de encontrarlas, pero por el otro, se apenó de encontrárselas en una vieja caja, relegadas a un segundo plano, como trastos inútiles de un desván al que ya no dan ningún uso. Había demasiados recuerdos allí olvidados, obligados a permanecer para siempre durmiendo en aquella caja.

—John, ¿te has dejado la luz encendida del despacho? —dijo Gillian desde las escaleras.

Kelly, pudo oír alertada, la voz de Gillian, que se encontraba cerca de las escaleras que bajaban al sótano. Al tiempo de oír la voz de Gillian, Kelly entró en pánico. No sabía muy bien qué hacer y el corazón empezó a latirle con fuerza. Sabía que en cualquier momento podrían entrar y no podían descubrirla allí, bajo ningún concepto. En aquellos segundos de confusión, Kelly cerró la caja, la cogió aprovechándose de su ligereza y se apresuró a introducirse en el armario del despacho, sin más tiempo para actuar.

Segundos después, John irrumpió en el despacho, miró hacia todos los lados y se percató de que allí, parecía no haber nadie. En ese instante, miró contrariado hacia la luz que salía del flexo.

—Yo juraría que la había apagado —dijo John apagando la luz del escritorio.

En ese momento, el despacho quedó a oscuras, iluminado únicamente por la luz que bajaba por las escaleras. John encendió la luz del techo y echó un nuevo vistazo a la habitación. Volviéndose a cerciorar de que allí no había nadie, apagó la luz, cerró la puerta y salió del despacho.

Kelly, aguantó varios minutos allí dentro del armario, y una vez que se aseguró de que no hubiera nadie, salió con cuidado iluminándose con el *flash* del móvil para avanzar.

Kelly continuaba observando la caja magenta que había encontrado en el despacho. La había escondido debajo de su cama y había ido a cenar, sin darle tiempo a continuar sumergiéndose en los recuerdos que contenía. Ahora, eran altas horas de la noche y se suponía que debía estar durmiendo, pero se encontraba sentada en la cama de su habitación, mirando la caja.

Segundos después, abrió la caja y comenzó a observar las fotografías.

Con lágrimas en los ojos, contempló las fotografías en las que aparecía su madre, joven y sonriente. Eran fotografías en las que irradiaba vida. Observó las fotografías en las que también aparecía su padre junto a ella. «Qué felices se les veía», pensaba Kelly. En el pasar de las fotografías, iba transitando por diferentes estados de ánimo; en unas, se encontraba sonriendo dulce y en otras, no podía evitar derramar alguna lágrima. Continuó viendo más fotografías, aferrándose así a los recuerdos del pasado de su madre. Al fin y al cabo, era lo único que le hacía sentir que no se había ido del todo, por más que los recuerdos le rompieran el alma en mil pedazos.

Se recreó en algunas fotografías de la boda de sus padres, aunque esas ya la había visto antes, pues el comedor, conservaba todavía algunas de ellas, pero no le importó. Siguió viendo las fotos de la luna de miel en Venecia, en dónde entre otras fotografías, ambos salían sonrientes mientras estaban dándose el típico romántico paseo en góndola.

Pasando unas cuantas fotografías más, con gesto de sorpresa, vio varias fotografías en las que salía Gillian a su lado. Aquello la dejó helada. Kelly, no tenía ni la menor idea de que Gillian conociera a su madre. Cerró la caja de golpe y se quedó pensativa. No entendía nada. Todo, desde aquel día en el que se quedó atrapada en el ascensor, se había convertido en una locura. Ya no sabía qué creer, era todo demasiado extraño para ella y desde luego, habían demasiados secretos.

Exhaló, se tumbó en la cama, miró hacia arriba y ya no intentó dormir, pues sabía que no podría.

Se levantó de la cama, volvió a meter la caja bajo la cama y se dirigió hacia la cocina para hacerse un vaso de leche caliente con la intención de poder dormir.

Antes de llegar a la cocina, cuando todavía iba por el pasillo, pudo ver

que la puerta de Daniela, tenía luz. Estaba cerrada, pero había luz asomando por debajo de la puerta. Al acercarse más a la puerta, pudo comprobar como la luz, de golpe, se apagó.

Kelly se quedó extrañada, pero continuó hacia la cocina para prepararse el vaso de leche. Sacó su taza favorita del armario y vertió un poco de leche en ella. Metió la taza en el microondas y tecleó dos minutos en los dígitos del microondas.

Cuando el microondas por fin sonó, se tomó de un solo trago la leche, sin darle tiempo a enfriarse, confiando en que aquello, fuera suficiente para calmarse y poder dormir.

Al tomar el camino de vuelta hacia la habitación, Kelly, pudo ver como la luz de la habitación de Daniela, estaba de nuevo encendida. «¿Qué hace de nuevo la luz encendida? ¿Y si le pasa algo?», pensaba Kelly. Kelly no sabía si entrar a la habitación o no entrar, pero le resultaba demasiado extraño que a estas horas, Daniela tuviera la luz encendida. Antes de que pudiera tomar una decisión, la luz de la habitación de Daniela se volvió a apagar. «Esto no es normal», pensó entonces.

Al irse para su habitación, como se había quedado intrigada, se asomó desde la puerta y cuando se asomó, volvió a ver como la luz de la habitación de Daniela, se encendía de vuelta. Kelly, entendió que quizá estaba haciendo demasiado ruido al andar y que, pasara lo que pasara ahí dentro, Daniela podía notar su presencia. Así que, esta vez fue avanzando sin hacer ruido hasta la habitación de Daniela. Una vez que llegó hasta la puerta, abrió la puerta con decisión y lo que vio a continuación, la dejó sumida en un profundo *shock*.

Kelly, encontró a Daniela tumbada en la cama junto a Tyler.

Kelly se quedó mirando perpleja la escena, como si su mente, se hubiera desconectado.

—¿Por qué? —preguntó Kelly desolada tras quedar varios segundos perpleja.

—Kelly, yo te quiero... —respondió Tyler.

—¡No me humilles más! —gritó Kelly estallando en llanto.

—No, Kelly. ¡El fantasma de tu madre, siempre se ha interpuesto entre nosotros! —gritó Tyler.

Kelly confundida miró a Daniela, la encontró tapada con la blanca sábana y mirándola desafiante.

—¿Y tú? —dijo Kelly mirando incrédula a Daniela con los ojos llenos de lágrimas.

Daniela no respondió y continuó mirando a Kelly sin articular palabra.

—Kelly, escúchame, yo a ti te quiero. Con ella, es solamente pasión — dijo Tyler.

—Me refugié en ti... —dijo Kelly sollozando.

Kelly no podía creer que esto le estuviera sucediendo, había confiado tanto en él... No aguantó más y salió corriendo de la habitación con la decepción en sus ojos. No sabía a dónde acudir, no sabía qué hacer, tan sólo quería desaparecer. Fue hacia su habitación y cogió una bolsa de deporte. Metió un vestido de lana, un abrigo y unas botas. Cogió también su bolso y acto seguido, se marchó con sus pertenencias hacia el coche. Arrancó el motor de su *mini* y empezó a conducir sin rumbo.

Kelly conducía sin apenas ver la oscura carretera, teniendo la visión nublada a causa de las lágrimas que brotaban de sus ojos. No podía creer que todo su mundo se hubiera desmoronado en un segundo. Tampoco podía creer por qué había estado creyendo las mentiras de Tyler durante todo este tiempo y lo cegada que había estado.

«Mamá, si tan sólo pudieras estar a mi lado y darme un abrazo», pensaba Kelly sin parar de llorar mientras conducía. «Te necesito tanto ahora».

Las imágenes de lo que había visto en aquella habitación, se iban sucediendo una y otra vez en su cabeza. Kelly, sabía que no debía haber cogido el coche en ese estado, pero tampoco quería seguir quedándose en esa casa en la que sentía que guardaba tantos secretos para ella.

Con el corazón destrozado, pensó en que Michael, al final sí tenía razón y que su novio Tyler, si estaba con otra chica, pero esta otra, era dolorosamente su hermanastra. Tomó la primera salida y se dirigió con rabia hacia Nueva York.

Kelly se bajó del coche, se puso el abrigo por encima del pijama y cogió sus escasas pertenencias. Se sentía débil y cansada después de tantas emociones experimentadas y no sabía muy bien en realidad, a quién acudir. Pensó en Michael porque, al fin y al cabo, era el que para ella, siempre había sido sincero y leal. Desanimada y apenas sin tenerse en pie, subió las escaleras que conducían hasta la puerta de entrada a la casa de Michael y llamó al timbre. Esperó con la mirada perdida y los ojos hinchados, varios segundos en la puerta. Exhausta, y viendo que comenzaba a nevar, volvió a llamar de nuevo. Esta vez, pasados unos segundos, un Michael adormecido abrió la puerta.

—¿Qué pasa? —dijo Michael mirando atónito a Kelly para después

frotarse los ojos.

—Perdona que me atreva a venir a tu casa, y mucho menos a estas horas, pero no sabía a quien acudir... Tenías razón, Tyler estaba con otra chica —dijo Kelly temblorosa.

—Kelly, venir hasta aquí, ha sido una locura.

—Tienes razón. Ya me marcho, no te preocupes —dijo Kelly girándose cabizbaja y poniendo un pie en el primer escalón.

—¡Espera! —dijo Michael dándose cuenta del lamentable estado en el que Kelly estaba— Puedes entrar.

Kelly, entró en la casa de Michael y dejó sus pertenencias en el suelo. Pasaron al salón y se sentaron en el sofá.

—No podía dejarte ir así —dijo Michael.

—Muchas gracias, de verdad —dijo Kelly entre lágrimas.

—Quiero que te calmes, y me cuentes qué ha pasado —dijo Michael examinándola con atención.

A Michael no le gustaba tener que verla así, tan derrotada, tan hundida. Él quería a toda costa que recuperara el control de sus emociones. Pensó que, si había venido hasta aquí y ahora estaba así, algo muy doloroso para ella tuvo que haber sucedido. Le acercó una caja de pañuelos, para que pudiera secarse las lágrimas y la miró conmovido.

Kelly respiró hondo, se limpió los ojos y trató de templar sus ánimos para poder hablar.

—He pillado a mi novio con mi hermanastra Daniela en la cama —dijo Kelly todavía con los ojos hinchados y sujetando con fuerza el pañuelo.

Michael con gesto de indignación respondió:

—Al final, yo no iba muy desencaminado.

—No tienes idea de cuánto duele, confiar en alguien y que ese alguien, no resulte ser como tú creías —suspiró y añadió con la voz quebrada—. Y que tampoco le importe cómo te sientas.

Kelly había pasado toda la noche hablando junto a Michael en su casa. Sentía que lo necesitaba y no sabía cómo agradecerle el apoyo que le había ofrecido, pues le había venido francamente bien desahogarse con alguien. Poder hablar con Michael la había despejado y había conseguido eliminar todas aquellas sensaciones y fantasmas de su cabeza, por algún momento. Ahora, se suponía que tenían que volver a irse a trabajar, sin dormir y con la desilusión grabada en su memoria.

—¿Dónde está el baño? Tengo que ir a cambiarme —dijo Kelly todavía en pijama.

—Todo recto y a la derecha —dijo Michael señalando hacia esa dirección.

Kelly cogió la bolsa de deporte en la que llevaba sus pertenencias y salió decidida hacia el baño. Una vez allí, se cambió y se puso el vestido de lana que traía en la bolsa y también las botas.

A la vuelta del baño, algo brillante llamó su atención. Al dirigirse curiosa hacia la habitación oscura de donde salía el fuerte brillo, observó que aún acercándose más, algo todavía continuaba brillando con todo su esplendor. Entró hasta la habitación de la que salía el fuerte brillo y pudo ver allí, sobre una mesa, el caballito de oro que había desaparecido de la empresa de su padre.

El corazón le dio un brinco y se quedó inmóvil. Sentía que ya no había nadie en quien pudiera confiar. Sentía no encontrar su lugar en el mundo, sentía no encajar con nadie. Acto seguido y sumida en una nube de pensamientos, salió corriendo hacia el comedor.

—¡Eres un ladrón! —gritó Kelly temblorosa antes de abandonar el comedor.

—¡Kelly, espera! —gritó Michael.

Kelly no lo escuchó y salió deprisa, aturdida y atolondrada del comedor, hacia la puerta de la casa. Salió casi sin poder reaccionar, pues se había quedado sumida en un profundo estado de confusión y ya nada parecía hacerla reaccionar.

Se encontraba totalmente desubicada, ya con un pie fuera de la casa de Michael, cuando Michael corrió tras ella.

—¡Kelly! —gritó Michael asomándose desde la puerta.

En ese momento, Kelly aturdida y confusa por el nuevo duro golpe que acababa de recibir, bajó a toda prisa y sin cuidado el primer escalón, resbalándose con la nieve que había sobre él. Se resbaló, cayó hacia atrás y se golpeó con un escalón en la cabeza, quedándose tendida inmóvil en el suelo.

TTT

—¿Dónde estoy? ¿Qué es esto? —dijo Kelly vislumbrando un maravilloso campo de flores soleado.

Podía sentir el calor de los rayos del sol sobre ella, podía tocar las flores violetas del campo, que se movían flexibles con el pasar de su mano sobre ellas. Sintió una alegría y una paz nunca antes vivida. Contempló el manso cielo azul, sin rastro de nubes. Todo a su paso era limpio y hermoso.

En un momento, dirigió su vista hacia el horizonte y pudo ver caminar entre las flores, a su madre.

—Mamá, puedo verte —dijo Kelly.

En ese momento, Kelly caminó hacia a ella y su madre de igual modo, se fue acercando también hacia Kelly. Cuando las dos se juntaron, Kelly pudo abrazar con todas sus fuerzas a su madre.

—Mamá, te quiero. Te he echado tanto de menos —dijo Kelly entre lágrimas.

Kelly abrazó fuertemente a su madre sin poder creer que ahora, pudiera estar tocándola.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por qué me dejaste tan sola? Te necesito aquí conmigo. No quiero volver a tener que vivir de tus recuerdos. Quiero tenerte presente, poder tocarte, tener tu risa de vuelta. Necesito tu cariño, te necesito a ti —hizo una breve pausa, miró a su madre incrédula y siguió—. Cuando mi mundo se derrumba, ya no tengo a quien acudir... Aún a veces, soy esa niña asustada a la que tú curabas las heridas. Y esta herida que tú dejaste, ¿cómo la curas? —dijo Kelly con lágrimas en los ojos.

—Nunca me fui, siempre estoy contigo. Vivo en ti, vivo en cada recuerdo —dijo Deborah.

—Pero, tengo miedo —susurró Kelly.

—Eres más fuerte de lo que piensas —respondió Deborah suave sin dejar de acariciarla.

—Me haces mucha falta —dijo Kelly entre lágrimas—. Te necesito de vuelta en mi vida.

TTT

Michael, al ver a Kelly tendida en el suelo, corrió impresionado, sin perder tiempo hacia ella y la rodeó con sus brazos. Se dio cuenta de que no reaccionaba y pudo ver a su lado en el suelo, una gran mancha de sangre. Rápidamente, la cogió en sus brazos y la metió en el asiento de atrás de su coche. Acto seguido, se dirigió con inquietud hacia el hospital.

—Vamos Kelly, aguanta —repetía una y otra vez Michael mirándola a través del retrovisor.

Una vez en el hospital, Michael entró a toda prisa en la entrada del hospital, con ella en brazos.

—¡Ayuda! —gritaba desesperado Michael en la entrada del hospital, mientras sujetaba a Kelly entre sus brazos.

Rápidamente, pudo ver como varios médicos salían a su encuentro, la ponían en una camilla y la pasaban para adentro, conduciéndola así por un blanco y largo pasillo. Michael se quedó frío en uno de los asientos de la entrada al hospital, oyendo la sirena de una ambulancia de fondo.

Mientras esperaba sentado y ausente, sentía miedo e incertidumbre. No saber qué estaba pasando con Kelly le generaba una tremenda y dolorosa angustia.

Pasadas casi dos horas, Michael, seguía esperando sentado en el mismo lugar, con la mirada perdida y completamente ajeno, deambulando entre sensaciones.

Cuando ya llevaba casi dos horas y media esperando, se levantó de la silla, y fue hacia una chica morena que había en el mostrador de recepción.

—¿Sabéis algo de la chica de cabellos marrones que ha venido esta mañana con un fuerte golpe en la cabeza? —dijo Michael pálido.

—Y, ¿quién eres tú? —dijo la chica de recepción.

—Soy quien la ha traído.

La chica de recepción no le pudo contestar, no tenía ninguna información sobre Kelly.

Desesperado se llevó las manos a la cabeza, miró hacia arriba, exhaló y se volvió a sentar a esperar en la silla.

Tras varios minutos agónicos y agotado de continuar esperando sin tener noticias, Michael vio pasar a uno de los médicos que la habían llevado para adentro en camilla y sin pensárselo dos veces, corrió hacia él.

—¿Cómo está Kelly? —dijo Michael.

—¿Quién? —dijo extrañado el médico.

—La chica que pasaste en camilla esta mañana, con un fuerte golpe en la

cabeza.

—Está en una habitación aislada, siendo en todo momento vigilada, su situación es muy crítica.

—¿Puedo verla? Por favor —pidió Michael suplicante.

El médico accedió ante los ojos de dolor de Michael y le guió hasta una zona en la que había unas diez habitaciones iguales.

—Es en esa de ahí —dijo señalando el médico a la número tres.

Michael, en ese momento entró a una habitación a oscuras, con una única iluminación que venía de los cristales que había en frente. Se asomó por los cristales, y vio a Kelly tumbada en la cama, completamente intubada. Michael, destrozado quiso entrar adentro, pero se dio cuenta de que no podía. Tenía que conformarse con mirarla desde los cristales.

Michael tocó con fuerza los cristales y se dio cuenta de que Kelly no reaccionaba. Dejó caer sus manos por el cristal y no pudo evitar las lágrimas. Se sentía bastante culpable por no haberla podido detener a tiempo y contemplaba ahora la desgarradora escena que tenía en frente, a través del cristal.

—Kelly, despierta —susurraba poniendo sus manos en el cristal, entre lágrimas.

No podía evitar sentir un gran pesar en su interior, todo aquello le había devastado hasta lo más profundo.

Mientras miraba incrédulo a Kelly reposando en aquella cama, el médico le dijo que ya era el tiempo de marcharse.

Michael se marchó, asegurándose antes de que más tarde, le volvieran a dejar entrar de nuevo, pidiéndoselo de nuevo al doctor.

«Se va a ir pensando que no soy más que un ladrón», se repetía para sí mismo en los pasillos una y otra vez roto de dolor.

Salió afuera a tomar el aire. Estaba pálido y totalmente angustiado por la delicada situación que atravesaba Kelly. Se encontraba fijando su vista en cualquier punto, pero sin ver en realidad nada, tan sólo atormentado por sus sentimientos y pensamientos.

TTT

Michael volvió a pasar hacia la zona en la que Kelly estaba y allí pudo ver de nuevo al mismo médico.

—¿Qué es lo que le pasa a Kelly? —preguntó Michael angustiado.

—Presenta un traumatismo en la parte posterior de la cabeza. Le hemos curado el golpe y hecho pruebas. Parece que todo está bien, pero continuará en

observación.

Michael pasó hacia adentro a verla por entre los cristales, pidiendo en su interior con fuerza, que Kelly no se fuera.

Como Kelly había pasado toda la noche estable y no empeoraba su situación, los doctores decidieron pasarla por la mañana a planta, para continuar atendiéndola desde allí. Continuaba estando sin reaccionar, pero estable.

Michael, esperó afuera y una vez que la pasaron a planta, entró a la nueva habitación. Con la alegría de poder estar viéndola directamente, se sentó junto a ella en la cama y le tocó una mano. Al tacto pudo notar que las tenía calientes y sonrió agradecido. El contacto de sus manos con las de ella, le hizo sentir bien. Respiró hondo y miró hacia el cielo. Aprovechó para abrir un poco la ventana y se sentó de nuevo a su lado. La volvió a coger de la mano y la contempló sonriente.

TTT

—Mamá, por favor, no te vuelvas a ir. No me dejes sola de nuevo — susurró Kelly entre lágrimas sin dejar de abrazar a su madre.

—Quiero que recuerdes siempre, lo mucho que te quiero y sepas que siempre estaré orgullosa de ti, mi pequeña —dijo su madre acariciándole el cabello.

En ese momento, Kelly sonrió entre lágrimas, se agarró con fuerza de su madre y dijo:

—Mamá, echo de menos tus abrazos, echo de menos tus consejos, echo de menos tu alegría y echo de menos tu dulzura. Echo de menos tus manos cuidándome y acariciándome cuando tengo miedo. Mamá, echo de menos que me escuches y me cuentes cuentos hasta quedarme dormida. Echo de menos tenerte cerca... Te echo de menos a ti.

TTT

Por la tarde, Michael, sentado en la butaca de la habitación de Kelly, mientras la contemplaba reposar tranquila, pensó que, quizá la familia de Kelly ahora la estaría buscando y estarían muy preocupados por no tener noticias de ella. Pensó en ir a avisar mañana por la mañana a John, a su empresa, y hoy quedarse cuidando de Kelly, igual que cuidaba en este mismo hospital, de su padre. Se convenció a sí mismo de hacerlo y siguiendo mirando a Kelly reposar.

Llegó la noche y esta noche no era cualquier noche, era la noche de fin de año. Michael, pensó que el destino los unía de un modo u otro para tener que pasar todas las fiestas de Navidad, juntos.

Se asomó por la ventana del hospital al oír los fuegos artificiales que

coloreaban el oscuro cielo y lo teñían ahora de maravillosos colores. Los fuegos artificiales que ahora inundaban el oscuro cielo, eran el aviso de la llegada del nuevo año. Michael se giró hacia Kelly y la miró reposar, a la vez que el sonido alegre de los fuegos artificiales se colaban por la ventana.

—Feliz año nuevo, Kelly.

En ese momento, Kelly con los ojos todavía cerrados e intubada, pronunció algunas palabras susurrante:

—Feliz año nuevo.

Michael se quedó atónito, su corazón latió con fuerza y cogió impactado las manos de Kelly.

—Kelly, ¿puedes oírme? —dijo Michael impresionado.

Kelly, en ese instante, balbuceó. Michael, continuó observándola atento y continuando de igual manera cogiendo fuerte sus manos, con un halo de esperanza en su mirada. Segundos después, Kelly abrió sus verdes ojos. Miró confundida hacia su alrededor y con un hilo de voz, dijo:

—¿Dónde estoy?

—¡Kelly! —gritó Michael eufórico.

—¿Qué ha pasado? —susurró Kelly.

—Te caíste por las escaleras —respondió Michael.

En ese momento, Kelly miró fijamente hacia Michael y su vista se inquietó.

—¡Eres un ladrón! —gritó Kelly angustiada.

—¡No! Kelly, déjame explicarte. Tenía miedo de decírtelo.

En ese instante, Kelly logró desintubarse y se reincorporó en la cama.

—¿Decirme el qué? No entiendo nada, creí que eras diferente —dijo Kelly.

—A veces, es necesario renunciar a nuestro propio ego. Cuando ves que tu padre está mal y te necesita, haces lo que sea por él. Pedí ayuda, nadie me la dio y en mi desesperación tuve que conseguir el dinero a la fuerza —Michael exhaló y continuó explicándose—. No me arrepiento, porque, aunque esto vaya contra los principios de la humanidad, no iba en contra de lo que me dictaba el corazón. El dinero se puede recuperar, pero a mi padre, no.

Kelly enmudeció, lo miró fijamente y dijo:

—Yo hubiera hecho hasta lo impensable por recuperar a mi madre, si hubiese podido.

—Mi madre, también murió y sé lo que se siente —cerró un momento los ojos, los abrió y continuó hablando—. A partir de ese momento, mi padre entró en el vicio de la bebida. Nos arruinó y se enfermó. No podía dejarlo

morir, ya sabes que aquí los hospitales, no son gratis. Aproveché que era Nochebuena, para entrar a la empresa de tu padre, pero, no pensaba encontrarte a ti allí.

Kelly, observó los ojos de Michael mientras lo contaba; eran los ojos más llenos de pena que nunca había visto. Se quedó unos segundos en silencio pero luego, rápidamente recordó algo.

—¿Y la tarjeta de crédito que sacaste para abrir la reja aquella noche de Nochebuena?

—Es la tarjeta en la que tengo la nómina. Casi todo lo que gano es para pagar las deudas de mi padre. No nos queda dinero para nada.

—¿Entonces, no trabajas en la empresa de Telecomunicaciones? —dijo Kelly.

—No. Trabajo en una pequeña tienda cercana a la empresa de tu padre. Mi pequeño sueldo, como te he dicho, sirve para pagar las deudas y las facturas —tragó saliva y siguió—. Perdón por tener que mentirte. Yo soy muy reservado y contarte todo esto, me está costando muchísimo.

—¿Y todas las veces que te veía por allí? —preguntó Kelly.

—A la empresa, iba por verte a ti. Las veces que coincidía contigo en la cafetería, era porque también estaba en mi hora de descanso.

En ese momento, el médico entró en la habitación.

—¡Vaya! Ya estás mucho mejor que cuando él te trajo hasta aquí —dijo el médico sonriendo y añadió—. Pasarás un día más en observación y si todo va bien, mañana podremos darte el alta.

El médico salió de la habitación y Kelly le sonrió a Michael.

—Gracias por traerme hasta aquí —dijo Kelly.

Michael sonrió y siguió mirando feliz hacia Kelly.

—¿Cómo está tu padre? —preguntó Kelly.

—Está bien, sigue aquí en este hospital. Está bien atendido.

—¿Y no vas a verle? —preguntó Kelly extrañada.

—Él, con la televisión tiene suficiente —dijo Michael riendo—. En realidad, he ido a verlo un par de veces, pero ahora, me necesitabas tú más.

TTT

Kelly pudo ver que Michael se había quedado dormido en la butaca. Lo contempló sonriente durante unos segundos y acto seguido, intentó ponerse de pie. Pudo notar que la cabeza todavía le dolía. Se acordó feliz de que, mientras había estado en coma, había visto a su madre. Cerró los ojos y se recreó en esa agradable sensación. Volvió a sentirse en paz y acogida por su madre.

Kelly, intentó abrir la ventana, y el ruido despertó a Michael.

—¿Qué hora es? —preguntó Michael confundido.

—Son las diez de la mañana, te quedaste dormido —dijo Kelly sonriendo y apoyándose en la ventana.

—Tenía que ir a avisar a tu padre de que estabas aquí —dijo Michael.

—¿A mi padre? ¿Después de todo? —dijo Kelly mirándolo preocupada.

—¿Y qué otra cosa sino?

—Yo lo llamaré, tú ve a ver a tu padre y luego, ve a casa a darte una ducha para despejarte. No te preocupes por nada más, ya has hecho suficiente por mí —dijo Kelly mirándolo con compasión.

—Está bien, iré a ver a mi padre, me daré una ducha y volveré a venir a verte —dijo Michael sonriendo.

Kelly asintió con aprobación y Michael salió de la habitación. Kelly, en ese momento, cogió el teléfono y marcó el número de teléfono de su padre.

—¿Quién es? —dijo John.

—¡Papá! Soy Kelly —respondió Kelly animada.

—Kelly, ¿dónde estás? —dijo John preocupado.

Kelly miró a su alrededor y vio un cartel donde ponía el nombre del hospital.

—Estoy en el hospital *Queens Center*.

—¿Qué ha pasado? —dijo John alterado.

—Me caí por unas escaleras...

—Voy a verte ahora mismo.

Kelly colgó el teléfono y se sentó a esperar la llegada de su padre. Sentía

miedo de lo que pudiera pasar con Michael, si su padre se llegara a enterar del robo cometido por él. Kelly, pensó en no decírselo nunca, pero no sabía muy bien qué hacer, al fin y al cabo era su padre.

Minutos más tarde, cuando Kelly se encontraba todavía cavilando, se giró hacia la puerta y pudo ver sonriente como su padre se asomaba por la puerta de la habitación del hospital.

—¡Papá! —gritó Kelly.

—¿Qué te ha pasado? —dijo John asustado al ver el vendaje de su cabeza.

—Ya te dije que me caí por unas escaleras —respondió Kelly—, pero ya estoy mejor.

Cuando ya llevaban un buen tiempo charlando, apareció en la habitación Michael.

—¿Quién es él? —preguntó John.

—Soy el que ha venido a traerte de vuelta el caballo de oro —respondió Michael.

—¿Cómo? —dijo extrañado John.

En ese momento, Michael sacó de una bolsa en la que traía consigo el caballo de oro.

—Yo te lo cogí, igual que el dinero, para pagar el tratamiento de mi padre en este hospital. Lo siento.

—Llamaré a la policía —dijo John sacándose el teléfono del bolsillo.

—¡No, papá! —gritó Kelly angustiada.

—¿Y no merecería tu perdón? Sí, sé que he cometido una insensatez y lo siento. He robado algo que tú has ganado con esfuerzo, pero entiéndeme a mí... Mi situación no era fácil —dijo Michael.

—Estamos hablando de un robo y eso siempre es un delito —dijo John.

—¡Él, me salvó la vida! —gritó Kelly.

Su padre al oírlo, se giró y miró hacia una temblorosa Kelly. Se guardó el teléfono en el bolsillo y luego, miró atónito hacia Michael.

—¿Es eso cierto? —preguntó John.

Justo antes de poder responder, entró el doctor a examinarla, y los dos se salieron fuera de la habitación. John continuaba sin dar crédito y mirando fijamente a Michael le volvió a repetir la pregunta.

—Yo la traje hasta aquí, pero prefiero no hablar de ello ahora —dijo Michael y entregándole de nuevo el caballo siguió diciendo—. Toma, tu caballo. El dinero te lo daré en cuanto lo recupere.

—No, no hace falta que me devuelvas el dinero. Estamos en paz —dijo

John mirándolo a los ojos.

Amaneció un nuevo día y con él llegó el alta del hospital de Kelly. Michael y su padre John, la acompañaban sentados en la habitación, esperando ansiosos la llegada del médico, que sabían que ya no debería tardar demasiado.

Cuando el médico por fin llegó, Kelly se puso en pie.

—¿Ya me puedo ir? —preguntó Kelly.

—Sí, todo ha evolucionado favorablemente, de manera milagrosa. ¿Tú como te sientes?

—¡De maravilla! —dijo Kelly sonriendo.

—Pues entonces, ya te puedes ir a descansar a casa —dijo el médico sonriéndola.

Cuando iban por el pasillo del hospital, caminando hacia la salida, Kelly se giró hacia Michael.

—Me gustaría ver a tu padre.

Michael, sorprendido por aquellas palabras, accedió y los guió hasta la habitación en la que se encontraba su padre.

—Es en esta habitación —dijo Michael.

—Yo me quedaré aquí afuera, ya somos demasiados —dijo John desde la puerta.

Kelly entró junto a Michael y pudo ver a un señor de unos sesenta años, tumbado en la cama viendo la televisión.

—Hola —dijo Kelly.

El hombre, se giró hacia Kelly y la miró extrañado.

—¿Quién eres? —dijo.

—Soy Kelly, una amiga de Michael —dijo Kelly sonriendo.

—Hola. ¿Y qué estáis haciendo aquí? Michael ya sabe que yo me conformo con la única compañía de la televisión —dijo el padre de Michael con el ceño fruncido.

Kelly y Michael salieron de la habitación y Michael le explicó que su padre se había vuelto muy extraño desde la muerte de su madre y que no había vuelto a ser el mismo. Michael, también le pidió perdón por el comportamiento tan seco que había tenido su padre con ella, pero le pidió que lo entendiera; estar en un hospital no era fácil y menos aún estando bajo

medicación.

Finalmente, Kelly se marchó en el coche de su padre John hacia su casa, a descansar, mientras, Michael los despedía moviendo los brazos enérgicamente desde la puerta del hospital.

Una vez en casa, Kelly entró con ayuda de John a su habitación, dejó la bolsa de deporte y su bolso en el suelo y se acostó a descansar en la cama.

—¡Kelly! He estado muy preocupada por ti —dijo Gillian irrumpiendo en la habitación— ¿Cómo estás?

Kelly, no tenía ganas de decirle a Gillian que había visto varias fotografías suyas al lado de su madre, la noche en la que huyó. Ni tenía ganas, ni fuerzas ahora para eso. Ahora lo que quería tan sólo era descansar.

—Estoy bien —dijo Kelly.

—¡Cuánto me alegra oírlo! —dijo Gillian sonriendo— No sabíamos nada de ti, hasta que tu padre dijo que estabas en el hospital.

—Lo sé pero ahora ya estoy aquí —dijo Kelly mirándola con recelo.

—Sí, ¡y no sabes la alegría que me da! —dijo Gillian sonriendo y añadió— Ahora, te dejo descansar, debes estar agotada.

Gillian se marchó y Kelly se quedó reposando en la cama, pensando en todo lo que había pasado, y se le cruzó, por primera vez por la cabeza, lo que había pasado con Tyler y Daniela. Esa traición había sido muy difícil de asimilar para ella.

Por la tarde, mientras se encontraba descansando en la cama de su habitación, Kelly, pudo sorprendida, ver a Michael entrando en su habitación.

—¡Michael! ¿Qué haces aquí? —dijo Kelly mirándolo asombrada.

—He venido a verte —respondió Michael sonriendo.

—¿Y eso? —preguntó Kelly sin dar crédito.

—Vengo a cuidarte y cuando me necesites, aquí estaré.

Kelly sonrió y dijo:

—¿Y cómo has conseguido venir?

—Uno tiene sus trucos —dijo Michael sonriendo—. No, en realidad tu padre me dijo dónde viviáis, pues le dije que quería venir a verte.

—Me gustaría enseñarte algo —dijo Kelly.

Se reincorporó en la cama y se agachó con cuidado a coger la caja magenta que tenía como un tesoro escondida debajo de la cama.

—Mira, son fotografías de mi madre, como la que tú encontraste en aquella extraña planta, ¿recuerdas?

—Entonces, ¿no eras tú la de la fotografía? —preguntó Michael confuso.

—No, era mi madre. Hay distintas fotografías. En unas, sale más joven que en otras y por eso, no la reconocí. El parecido conmigo es asombroso.

Kelly, le mostró a Michael las fotografías y volvió a contemplar las imágenes en las que también salía Gillian junto a su madre.

—Esta es mi madrastra. No entiendo qué hace junto a mi madre —dijo Kelly.

—¿Se conocían? —dijo Michael contemplando las fotografías.

—Parece ser que sí.

—¿No lo sabías? —preguntó incrédulo Michael.

—No, no lo sabía. Es todo tan extraño —dijo Kelly.

Kelly aprovechó y continuó viendo las demás imágenes que no había podido ver la vez anterior, junto a Michael.

Detrás de una de las imágenes de su madre, apareció un documento doblado.

—¿Y esto? —dijo Kelly extrañada.

Kelly, abrió con cuidado el documento, y pudo ver allí escrito, que antes de morir su madre, había dejado la empresa a nombre de su padre John.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué me han ocultado tantas cosas? —dijo enseñándole el documento a Michael.

—No lo sé —dijo Michael mientras observaba el documento.

—¡No entiendo nada! —dijo Kelly alterándose.

—Descansa y no te agites —susurró Michael.

Había llegado la noche y Michael ya hacía tiempo que se había marchado. Kelly, continuaba reposante en la cama, dándole vueltas a la cabeza. Continuaba pensando en el por qué de todo y no entendía nada. Pensó en ir a la cocina, a hacerse un vaso de leche que le ayudara a dormir y disipar todos aquellos pensamientos para los que no tenía respuesta.

Con paso firme, se dirigió hacia la cocina y antes de llegar, volvió a ver luz, como aquel último día, en la habitación de su hermanastra Daniela. Aquello le removió de nuevo unas angustiantes sensaciones que le quemaban por dentro. Respiró hondo y pasó de largo, con el corazón todavía destrozado hacia la cocina.

Se preparó un gran vaso de leche caliente y se dirigió de nuevo hacia su habitación.

Antes de llegar a su habitación, volvió a comprobar con desazón, que la luz de la habitación de su hermanastra Daniela, continuaba encendida. Al momento justo de pasar por al lado de la puerta de su hermanastra Daniela, la

puerta se abrió. Fue entonces cuando Kelly pudo divisar a Daniela, al otro lado de la puerta abierta.

—No me había atrevido a ir a verte —dijo Daniela a través de la puerta abierta.

—¿Y Tyler? ¿Está ahí? —preguntó Kelly.

—No, no está —dijo Daniela.

—¿Desde cuando estabais juntos? —preguntó Kelly con dolor en su mirada.

—Desde hace algunos meses... —contestó Daniela bajando la mirada.

Kelly no lo podía creer.

—¿Por qué, Daniela? —preguntó Kelly con resentimiento.

Daniela cerró los ojos, respiró hondo y dijo:

—Perdóname. Mi vanidad me jugó una mala pasada. Tenía celos, pensaba que mi madre y John, estaban siempre muy pendientes de ti —hizo una pausa, cogió aire y siguió—, y yo, me comparaba contigo y quise probarme, quise ser mejor que tú y el tener a Tyler conmigo, me hizo sentir habértelo ganado. Me hizo sentir mejor que tú, supongo. Lo siento.

—No tienes idea del daño que me habéis hecho...

—Sé que ningún "lo siento" podrá repararlo, pero quiero que sepas que me arrepiento, de verdad —dijo Daniela mirándola a los ojos.

—Yo, a ti sola, no te guardo rencor. Esto que me habéis hecho, no se habría podido hacer si Tyler no hubiera querido.

—Lo sé y me siento muy mal por haberte hecho esto. Ya me ves, ahora no podía ni dormir. Al día siguiente, cuando no te vi por casa, me preocupé. Al enterarme de que estabas en el hospital, me sentí de lo peor. En cuanto a Tyler, yo ya no quiero volver a verlo —sentenció Daniela.

—Yo tampoco quiero volver a verlo —dijo Kelly—. Pero, lo peor de todo, es que si esto no lo hubiera visto, jamás me hubiera enterado.

Kelly respiró hondo y se marchó a descansar a su habitación. Tumbada en la cama, reflexionó sobre el perdón de Daniela y ya no sabía qué creer; habían habido demasiados engaños, habían jugado demasiado con ella. Pensó también en el documento que había encontrado junto a las fotografías de su madre. Todo era demasiado extraño, todo a su alrededor se había vuelto muy confuso y parecía tambalearse. Sentía no conocer a nadie en realidad. Llegó a la conclusión de que, mañana, iba a ser valiente y se iba a atrever a decirles todo lo que había encontrado a Gillian y John, de una vez por todas. Quería una respuesta y la merecía. Mañana, debería por fin saber la verdad, y estaba

deseosa por ello. Se dio media vuelta en la cama y con el vaso de leche caliente que se tomó, se quedó, de manera inmediata, dormida.

Un soleado día amaneció en *Cold Spring*.

Kelly se encontraba reposando en la cama, aprovechando para descansar y recuperarse, aún más, del duro golpe que había sufrido en la cabeza. Todavía no había ido a trabajar; primero debía recuperarse.

Gillian llamó a la puerta, le traía el desayuno.

—¡A desayunar! —dijo Gillian feliz sujetando la bandeja.

Gillian, le había traído un *bagel* relleno de crema de queso y un café.

—Gracias, Gillian —dijo Kelly incorporándose.

Gillian, colocó la bandeja encima de la cama de Kelly y acto seguido, se marchó de la habitación, mostrando antes una gran sonrisa.

Kelly, contempló la bandeja que Gillian había puesto sobre su cama. Todo lo que había sobre ella, le resultó apetecible y además de eso, olía increíblemente bien. Se relamió y sin pensárselo dos veces, comenzó por el café, dándole un sorbo.

—¡Ah! —exclamó Kelly.

Comprobó con rabia que se había quemado los labios con el café. Resopló y sopló el café con cuidado. Lo removió un par de veces, durante unos segundos y decidió probar el delicioso *bagel* que lucía tan apetitoso.

Cuando ya había conseguido tomarse el desayuno, Gillian regresó para llevarse consigo la bandeja. Kelly la miró y recordó lo que había pensado anoche, antes de dormirse. Pensó que hoy debería decirle todo lo que había descubierto, pero quería que en ese momento, estuviera también su padre John, presente.

Vio salir a Gillian de la habitación y se volvió a recostar en la cama.

La hora de la comida llegó. Kelly, ante el olor inconfundible de la comida, se levantó de la cama y fue directa hacia el comedor.

—¿Qué estás haciendo aquí? Deberías estar descansando —dijo Gillian mirándola con suavidad desde la mesa—. Luego, cuando yo acabara de comer, te iba a llevar la comida a la habitación. No te ibas a quedar sin ella.

—No hace falta, ya me quedo aquí —respondió Kelly.

Kelly se sentó en la mesa y pudo ver también acompañándola en la mesa, a su izquierda a una cabizbaja Daniela. Gillian, le sirvió a Kelly la deliciosa sopa bien caliente y las tres, pudieron disfrutarla juntas.

Kelly, pudo comprobar que, desde que se sentó en la mesa junto a ellas, a Daniela, se le estaba poniendo cada vez, más y más la cara colorada. Kelly, supuso con acierto, que era ante su presencia, quizá por si se le ocurría contarle lo sucedido entre ella y Tyler, a Gillian.

Cuando ya iban por el postre —que era un flan bastante apetecible que había preparado Gillian—, a Daniela parecía aumentarle la incomodidad más y más por momentos y en un momento del postre, mientras lo removía absorta, no aguantó más y acabó desmoronándose.

—¡Mamá! Tengo que contarte algo —dijo Daniela mientras daba vueltas al flan con la cuchara, una y otra vez.

—¿Qué pasa, Daniela? —dijo Gillian mirándola atentamente.

—¡He hecho algo horrible! —dijo echándose las manos a la cara mientras comenzaban a asomar en ella algunas lágrimas.

Gillian la miró preocupada y muy asustada.

—¿El qué? —preguntó Gillian con el corazón a mil.

—He estado viéndome a escondidas con Tyler —dijo Daniela escondiendo la cara tras sus manos.

—¿Cómo? —dijo Gillian abriendo los ojos de par en par.

Daniela tragó saliva, se quitó las manos de la cara y dejó al descubierto su rostro bañado en lágrimas.

—¡Sí, mamá! Lo siento, sé que con esto te habré defraudado —suspiró y continuó hablando—. Esa fue la razón por la que Kelly se golpeó en la cabeza, estaba huyendo de mí... ¡Soy un monstruo, mamá!

Kelly, mientras tanto, miraba impertérrita la escena, no sabía muy bien como reaccionar y Gillian, a su vez, se quedó en silencio unos segundos, como tratando de procesar todo aquello.

—¡No puede ser! —gritó Gillian angustiada, hizo una pausa y continuó hablando— Pensaba que, Tyler y Kelly, se habían enfadado, porque él, no había venido a verla en estos días. Pero, desde luego, ¡esto sí que no lo pensaba!

—Lo siento mucho —dijo Daniela levantándose de la silla para ir a abrazar a su madre.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Gillian patidifusa.

—Yo que sé, tenía celos... Quería asegurarme de ser mejor que ella —contestó Daniela entre sollozos.

Gillian abrazó a su hija Daniela, avergonzada y rota de dolor, contemplándola sin poder apenas creerlo.

Kelly, tras esto, se levantó de la silla y se subió a su habitación a descansar.

Minutos después, Gillian tocó a la puerta.

—¿Se puede? —dijo Gillian desde el otro lado de la puerta.

—Sí, claro —dijo Kelly incorporándose.

—Quiero pedirte perdón, en nombre de Daniela... El dolor que te ha debido producir todo eso, me duele a mí también terriblemente en el alma, créeme.

—Tal vez, aunque me duela, era mejor así. Si Tyler ha sido capaz de hacerme esto con ella, ¿de qué no era capaz? Ha sido mejor darme cuenta ahora, antes de que, tal vez, estuviera casada con él.

Gillian la dio un abrazo tranquilizador y se marchó de la habitación, dejando a Kelly a solas, reposar de nuevo.

La soledad que sentía en aquella habitación iba poco a poco consumiéndola por dentro. Se encontraba cara a cara con todos aquellos pensamientos que tanto la atormentaban y le robaban la tranquilidad, sin poder evadirlos. El pasado, para ella, no podía ser olvidado tan fácil. Había demasiado dolor, habían demasiados sentimientos.

Sin más entretenimiento a su alrededor que el sonido de los latidos de su corazón y los pensamientos incesantes que se agolpaban en su cabeza, continuaba reposante en la cama. Tenía unas cuantas batallas internas que ganar y muchas dudas que desterrar y estaba deseosa de que su padre, llegara por fin a casa para de una vez por todas, saber la verdad.

La tarde llegó y con ella la llegada de su padre a casa. A Kelly se le aceleró el corazón, pensó que ahora sí, era hora de saber la verdad. Con un nudo en el estómago, cogió la caja magenta con las fotografías de su madre y sacó las fotografías en las que aparecía también Gillian. Recordó como aliento las palabras que le había dicho su madre mientras había estado en coma: "Eres más fuerte de lo que piensas". Con esas palabras como única fortaleza y con el corazón lleno del amor de su madre, cruzó el pasillo y se detuvo al llegar hasta ellos.

—Kelly, ¿ya estás mejor? —dijo su padre al verla.

Kelly respiró hondo y dijo:

—Me gustaría hablar con vosotros.

John y Gillian se miraron expectantes.

—Adelante —dijo John.

—El día que el ascensor me llevó a la extraña planta de al lado del

parking, encontré unos documentos —hizo una pausa, miró fijamente hacia ellos y continuó hablando—. Michael encontró la misma fotografía de mi madre que me regalásteis vosotros por Navidad. Buscando nuevas fotografías de mi madre, pude encontrar algunas fotografías en las que aparecía Gillian junto a ella.

Kelly, les enseñó aquellas fotografías y observó que la expresión del rostro les cambió; se pusieron tremendamente serios.

—Kelly, déjalo ya, ¿quieres? —ordenó su padre.

—¡No! Merezco una respuesta.

—¡No hay ninguna respuesta! —gritó su padre.

—Encontré también un documento en el que aparecía que mamá, te hizo dueño de la empresa, antes de morir.

—¡Kelly, basta! —volvió a gritar su padre.

En ese momento, Kelly herida y confundida, dándose cuenta de que ambos parecían no querer hablar del tema, de que no iba a obtener respuestas, salió corriendo hacia fuera de la casa y cerró la puerta con rabia. Se sentó en uno de los escalones que conducían hasta la puerta de entrada a la casa y comenzó a llorar.

Cuando todavía se encontraba llorando en las escaleras de la puerta de su casa y había perdido la noción del tiempo, notó que algo se había posado sobre su hombro. Kelly, se miró entonces el hombro y pudo ver una mano apoyada sobre él. En ese momento, cabizbaja levantó la vista y pudo ver a Michael junto a ella.

—Abrázame, tan sólo abrázame —susurró Kelly entre lágrimas.

Michael la abrazó cuidadosamente y ambos se quedaron sumidos en un inmenso abrazo.

—¿Qué pasa Kelly? —dijo Michael mirándola a los tristes ojos después de abrazarla.

El aspecto de Kelly lucía opaco y demacrado. Debajo de sus verdes ojos, lucían algunas manchas oscuras, que los deslucían y hacían ver cansados.

—He intentado hablarles acerca de los secretos que encontré sobre mi madre, ¡pero no han querido escucharme! —dijo limpiándose los ojos de lágrimas.

En ese momento, Michael volvió a abrazarla y las lágrimas volvieron a recorrer de nuevo su rostro.

Michael y Kelly llevaban ya un tiempo fuera de la casa, en los escalones que había junto a la puerta de entrada y pudieron comprobar sorprendidos que ya había anochecido. Kelly, todavía se sentía confundida y llena de rabia. No entendía por qué no le querían ofrecer una explicación para todo lo que había descubierto. No entendía por qué no querían que sacara el tema de su madre, pero en cambio, habían sido ellos quienes le habían regalado un retrato de su madre. En ese momento, cada vez más llena de rabia y dominada por sus pensamientos, miró hacia Michael, se secó las lágrimas y entró a su casa, como una exhalación buscando respuestas.

—¿Por qué no me queréis dar una explicación? —gritó Kelly desde la entrada del comedor— ¡Yo también tengo que saberlo!

—¡Tú no lo entiendes! —gritó su padre John.

—¡Lo que no entiendo es por qué me regalásteis un retrato de mi madre, si luego parece que no puedo recordarla! —exclamó Kelly.

—Kelly, cálmate —dijo Michael irrumpiendo en el comedor.

—¡No! Es mi madre, es mi madre... —dijo Kelly derrumbándose.

Kelly se dejó caer en el suelo, con las manos encima de las rodillas y hundió su cabeza entre sus brazos. En ese momento, Kelly se sumergió en uno de los recuerdos de su madre. Recordó cuando su madre y ella jugaban al escondite. Era una tarde de verano, Kelly se escondió en el cesto de la ropa sucia, confiando en que su madre, allí no pudiera encontrarla. Instantes después, su madre, al pasar buscándola por aquel lugar, pudo ver dónde se encontraba escondida, pues su delicada melena marrón asomaba por encima del cesto. En ese momento, su madre jugó y se hizo la despistada, buscándola por el armario de al lado y riéndose dulce mientras contemplaba moverse la delicada cabellera de Kelly por encima del cesto.

Kelly levantó la cabeza y pudo ver que Michael se había sentado a su lado en el suelo y había estado contemplándola.

—Quiero irme a tu casa —susurró Kelly.

—¿Cómo? —dijo Michael sorprendido.

—Me vendrá bien desconectar —dijo Kelly.

En ese momento, Michael la miró a los ojos y el aspecto cansado y abatido de sus ojos, le recordó a su propio dolor; el dolor que alguna vez sintió por la

pérdida de su madre, y es que, aquello, todavía dormía en algún lugar de su corazón. Aquel reflejo era algo muy duro de mirar para él, era como volver a bucear en aquellas sensaciones enterradas, que el tiempo y la rutina habían ido deshaciendo. Respiró hondo y aceptó a llevarla junto a él.

TTT

Kelly, iba contemplando bajo la luz de la luna, a Michael mientras conducía. Minutos antes, los dos se habían subido en el coche de Michael y se dirigían ahora hacia Nueva York. Para Kelly, era la segunda vez que montaba en ese coche, aunque en la primera no había sido consciente de ello. Ese coche en el que ahora montaban, había sido el coche del padre de Michael, y lo llevaba ahora el propio Michael como antigua reliquia.

Kelly, se detuvo a contemplar las grandes luces de la ciudad. Era algo mágico que había visto cada día, pero lo había dado por sentado. Se quedó en silencio, sentada en el coche, contemplando por la ventanilla las luces de la ciudad bajo el telón de la gran luna llena que asomaba en el cielo.

Una vez que llegaron al hogar de Michael, él encendió las luces y Kelly dejó la bolsa de deporte con todas sus pertenencias al lado de la puerta de entrada.

—Yo dormiré en la habitación de mi padre —dijo Michael—, tú dormirás en la mía.

—Muchísimas gracias por acceder a mis locuras.

—No tienes por qué dárme las. Al contrario, debería agradecerte yo a ti, tu compañía —dijo Michael sonriendo—. Ven, te enseñaré tu nueva habitación.

Michael acompañó a Kelly hasta la habitación en la que había dormido hasta ahora, dejando a Kelly, ocupar su lugar.

—¿Qué te parece? —preguntó Michael observándola atento.

—Es acogedora —contestó Kelly.

—Sí —dijo Michael asistiendo—. Voy a ir preparando la cena, deo que te familiarices con ella.

Nada más decir eso, Michael se marchó de la habitación y Kelly se quedó contemplándola. Era una habitación espaciosa. Había una gran cama junto a una pared verde. En la otra pared, también verde, había un escritorio con una silla. Kelly se acercó curiosa y pudo ver encima de él algunas fotografías. Su vista se fijó en los pequeños resguardos de algunas entradas a conciertos que había encima del escritorio, pegadas a la pared, quizá a modo de decoración, o simplemente para recordar viejos tiempos. A la derecha del escritorio, había una estantería llena de fotografías. Kelly se acercó curiosa para mirar las

fotografías más de cerca y poder apreciarlas bien. En ese momento, pudo ver las fotografías, de alguien que parecía ser la madre de Michael, junto a él. El corazón le dio un vuelco, respiró hondo y miró hacia su izquierda, para centrar su atención en otra cosa. Allí, en la izquierda había un armario, Kelly no quiso abrirlo, pensó que ya era suficiente con estar ahora curioseando en sus cosas más visibles, así que, se sentó en la cama y descansó unos segundos mirando a la nada. Su vista se fijó en uno de los cajones del escritorio que estaba medio abierto. Le llamó la atención, pero no quiso curiosearlo y lo dejó como estaba. Instantes después, se puso en pie y salió de la habitación.

—¿Has podido ver la guitarra? —dijo Michael viéndola pasar desde la cocina.

—No, no la he visto —dijo Kelly asomándose a la cocina.

—Está justo detrás de la puerta.

—¿Sabes tocar la guitarra? —dijo Kelly sonriendo.

—En realidad sí, pero hace mucho tiempo que no practico.

Kelly, se asomó de nuevo a la habitación de Michael y al entrar, entornó la puerta para poder fijar la vista en la guitarra. Fue entonces cuando pudo ver que era una guitarra marrón. «Vaya, es preciosa», pensó Kelly.

—Veo que ahora sí has podido ver la guitarra —dijo Michael entrando a la habitación.

—Sí —dijo Kelly colorada.

—Fue un regalo de mi madre —dijo Michael sonriendo.

—Es preciosa —dijo Kelly contemplándola.

—La tenía a la venta, ya sabes, para conseguir el dinero para pagar el tratamiento de mi padre, pero no conseguí ningún comprador. ¡A nadie pareció interesarle mi vieja guitarra! —dijo Michael.

—¡Vaya! ¿Te ibas a deshacer de un recuerdo de tu madre? ¿De algo que tiene tanto significado para ti? —preguntó Kelly asombrada.

—Así es. Lo intenté todo —dijo Michael con resignación.

TTT

La cena estaba servida. Michael, había preparado una cena modesta con esmero. Kelly y Michael la comieron juntos en una mesa redonda de madera en la cocina y después de cenar, Kelly se sentó en el sofá junto a Michael. Kelly, había podido observar la vez anterior que estuvo en la casa de Michael, que este no tenía televisión, así que, había traído en la bolsa, su ordenador portátil.

—He traído mi ordenador portátil para que podamos ver una película —

dijo Kelly sacando el ordenador portátil de la bolsa de deporte.

—Tuve que vender muchas cosas, entre ellas, la televisión, para hacer frente a las muchas deudas de mi padre.

—No te preocupes por eso ahora —dijo Kelly colocando el portátil encima de una pequeña mesa.

Michael y Kelly, se reclinaron en el sofá y pudieron ver entonces una película de esas de amor que le gustaban a Kelly y que tenía guardada en su ordenador portátil.

Cuando ya llevaban un rato viendo la película, Kelly se acurrucó en Michael, poniendo la cabeza, sobre su hombro y Michael le sonrió dulcemente.

La película ya estaba terminando y Michael descubrió que Kelly se había quedado dormida. La contempló tiernamente, a la vez que la tapó con una manta y se quedó en silencio, mirando terminar la película.

En el momento que acabó la película, Kelly se despertó con el ruido de la banda sonora. Observó con dulzura que tenía una manta por encima y miró hacia Michael sonriendo. Apagó el ordenador portátil y ambos se fueron a descansar a la cama.

TTT

Kelly se despertó en la habitación de Michael, que ahora estaba siendo, de manera provisional, la suya. Buscó a Michael para desayunar juntos y se dio cuenta de que no estaba en su —ahora provisional— habitación. Lo buscó entonces por toda la casa y tampoco apareció por ningún rincón de aquel lugar. Kelly, había podido comprobar, que esa casa en algún momento, había perdido brillo. Era una casa sin alma, en la que todo parecía deslucido.

Al abrir la nevera, Kelly comprobó que no había nada que pudiera servirle de desayuno, así que, con resignación decidió bajar a la cafetería. Le gustaba el gran sabor del café de la cafetería en la que tomaba habitualmente el café en su, siempre agradecida, hora del descanso del trabajo, así que, no le importó lo más mínimo tener que dar una buena caminata hasta allí para poder tomarlo.

Una vez dio el buen paseo hasta la cafetería, entró adentro. Se pidió su *capuccino* y al mirar hacia el mostrador, se pidió para acompañar el café, unos deliciosos *bagels* rellenos de crema de queso que, dada su buena pinta, se le antojaron de manera instantánea. Se sentó en una mesa junto a la ventana y pudo disfrutar de las pequeñas vistas de la calle de Nueva York mientras desayunaba, acompañada del aroma del café recién servido, y de los tiernos y

deliciosos *bagels* que iban deleitándole el paladar.

Cuando acabó de tomarse el improvisado desayuno, sopesó si debería ir a la empresa de su padre. Se sentía mal, pensando que había actuado de manera impulsiva, marchándose así del hogar. Se sentía mal también al haber removido antes, algo tan doloroso para ellos, así que, decidió ir a disculparse. Cogió su bolso y partió rumbo a la empresa.

—Hola, papá —dijo Kelly asomándose desde la puerta del despacho.

—¿Kelly? —dijo John girándose hacia la puerta.

—Sí, papá soy yo.

—¿Qué haces aquí? —dijo John sonriendo.

—He venido a disculparme, he actuado mal. Os he traído de vuelta al doloroso pasado de mamá... Y, nadie nos va a regresar a mamá —dijo Kelly con los ojos vidriosos.

—Tu madre, donde quiera que se encuentre, te cuidará y te guiará. No te preocupes por eso. Sigue adelante, ahora. Tu vida debe continuar, cariño —dijo John dándole un abrazo a su hija.

—Mañana vendré a trabajar. Me encuentro bien y estoy bien en casa de Michael. Tengo más cerca el trabajo, así que, tengo pensado quedarme unos días más para desconectar. Como ves, me está sirviendo para coger perspectiva de la situación —dijo Kelly.

—Me alegra que estés mejor. Ya sabes que puedes regresar a casa cuando quieras, lo primero para mí, es tu felicidad —dijo John.

Kelly se marchó de la oficina y caminó de regreso a casa de Michael. Al pasar la esquina de la cafetería donde esta mañana había desayunado, pudo ver a Michael sentado allí, a través de los cristales de la cafetería. Sin pensárselo dos veces, entró adentro.

—Hola —dijo Kelly acercándose a su mesa.

—Hola, ¿qué haces aquí? —dijo Michael levantando la vista del café y viéndola a su lado.

—He venido a desayunar aquí y después me he ido a visitar la empresa. Ahora, iba de nuevo hacia tu casa y te vi por los cristales. ¿Y tú, qué haces aquí? —dijo sentándose en la silla de en frente.

—Estoy en la hora del descanso —dijo Michael sonriendo mientras le daba el último sorbo al café.

Kelly contempló pensativa a Michael dar el último sorbo al café mientras se preguntaba cómo seguiría su padre. Así que, sin más dilación, decidió preguntárselo.

—¿Cómo sigue tu padre? —preguntó Kelly con interés.

—Está bien —dijo Michael esbozando una sonrisa.

—Oye, muchísimas gracias por dejar que me quede en tu casa. Siempre me apoyas en mis locuras y siempre me has ayudado en todo... Eres un gran amigo —dijo Kelly sonriendo.

Michael torció el gesto y carraspeó.

—Para mí, no eres solamente una amiga, para mí eres algo más especial. Lo supe desde el momento en el que me hablabas de tu madre, y yo me quedaba mirándote, sólo para escucharte a ti contarlo y ver el brillo de tus ojos mientras lo hacías. Me encantaba que me contaras tus cosas, podía sentir que era importante para ti y que me apreciabas —dijo Michael mirándola a los tiernos ojos verdes y continuó hablando—. Lo supe, cuando casi te pierdo en aquellas escaleras. Jamás había sentido tanto miedo, pensé que nunca más volvería a ver de nuevo esos ojos tan dulces que me habían robado la razón.

—Michael, no quiero que nada estropee esto tan bonito que tenemos.

—Olvida lo que he dicho, ha sido una estupidez —dijo Michael frunciendo el ceño y levantándose de la silla.

En ese momento, con el corazón lleno de sentimientos, Kelly se volvió valiente. Se levantó de la silla, se acercó hasta él y antes de que cruzara la puerta de salida, le sujetó con sus dos manos la cara y le besó. Los dos se quedaron sumidos en la puerta de la cafetería en un profundo beso.

Kelly, no podía todavía creerse que se hubiera besado con Michael. Había sentido que debía dejarse llevar y que era el momento de dejar hablar a su corazón. A decir verdad, ella también había empezado a sentir cosas por él, pero las negaba pensando en que era tan sólo un amigo. Esta vez, su corazón latió con fuerza y no había podido reprimirse.

—No puedo creer que esto haya sucedido —dijo Michael sonriendo tiernamente.

—Yo tampoco lo había planeado, pero es que, para mí, tampoco eres sólo un amigo —dijo Kelly sonriéndole y añadió—. Has sido, de las pocas personas con las que he conseguido ser yo misma, y no sabes lo difícil que es para mí, después de la muerte de mi madre, serlo. No he conseguido abrirme a los demás. Me encerré en mí y en los recuerdos de mi madre, pero a ti, te he abierto mi mundo, porque eres especial.

En ese momento, Michael le acarició la cara y la abrazó con fuerza durante algunos segundos.

—Tú, has sido un rayo de luz en mi oscuridad —dijo Michael mirándola a los ojos con timidez.

Michael se despidió de nuevo de Kelly con un tierno beso y continuó yéndose a trabajar de nuevo. Ella, aprovechó y se marchó al supermercado, a comprar comida para Michael y para ella. Con el recuerdo y la ilusión de aquel inesperado beso, llegó sin apenas darse cuenta, hasta el supermercado.

Cogió algunos tomates que había visto en oferta, una ensalada, algunas patatas, huevos, leche, una bolsa de *bagels*, un poco de carne y algunas frutas entre otras cosas. Compró también algunas cosas de decoración; un jarrón con flores y algunas plantas. Había pensado que esa casa, necesitaba vida y ella estaba dispuesta a dársela.

Una vez que acabó de comprar en el supermercado, se marchó hacia la casa de Michael, guardó la comida en la nevera y se puso a preparar unas deliciosas hamburguesas, para dos. Después, pensó en añadir también algunas patatas fritas. Colocó los adornos en el hogar y contempló feliz cómo le había quedado. Se sentó relajada en el sofá y esperó a Michael allí, sabiendo que ya no tardaría mucho en llegar y confiando en que no se enfriara demasiado la comida.

—Kelly, ya estoy aquí —dijo Michael sonriendo al acabar de cerrar la puerta de la casa.

—Hola, te he preparado algo de comer —dijo Kelly recibéndole con una inocente sonrisa.

Michael, al ver todo lo que había preparado Kelly, se llevó las manos a la cabeza.

—No tenías que haberte molestado en comprar y preparar todo esto —dijo Michael.

—Para mí no ha sido una molestia —dijo Kelly—, lo he hecho porque he querido.

Los dos, se sentaron en la mesa, dispuestos a comerse las hamburguesas y las patatas fritas.

—Kelly, tengo que ser sincero contigo; me da miedo desilusionarte, me da miedo decepcionarte —dijo Michael con gesto serio, hizo una pausa y siguió hablando—. He estado toda la jornada pensando en lo que dijiste acerca de que no querías perder lo que había entre nosotros y también en todo lo demás que me dijiste... Yo no quiero hacerte daño, Kelly.

—¿Y qué quieres decir? —dijo Kelly mirándolo con extrañeza.

—No sé, si tal vez, nos estamos precipitando.

—Al corazón, no se le puede parar —susurró Kelly.

—Mi corazón, latió por ti desde el primer día en que te vio —dijo Michael sonriendo con los ojos—, pero yo no quiero hacerte daño.

TTT

Michael se había marchado al hospital a ver a su padre y Kelly se había quedado a solas en el hogar. «Tal vez sea verdad, tal vez nos estemos precipitando, pero esto es lo que siento desde lo más profundo de mi corazón y eso, no puedo esconderlo», pensaba Kelly, sentada en el borde del sofá.

Más tarde, todavía sentada en el sofá, no podía parar de darle vueltas tampoco al tema de su madre. Se tocaba el cabello y lo enrollaba una y otra vez, alrededor de sus dedos. «¿Debería renunciar a seguir investigando?», pensaba sin poder parar de toquetearse el cabello. Desde luego, todavía no sabía muy bien qué hacer. Se sentía muy confusa y no tenía claridad para tomar ninguna decisión. Se le cruzaban varios pensamientos por su cabeza: «¿Y si dejar estar el recuerdo de mamá, fuera aceptar que murió y que nunca más iba a regresar junto a mí?» Kelly, no estaba preparada, ni quería seguir con su vida sin más, ella sentía que le debía todo a su madre y no podía, ni quería, apartarla de su memoria tan fácilmente. Para ella, lo que llenaba de color su

vida y lo que le daba la fuerza que necesitaba, eran los recuerdos que tenía de su madre y era muy difícil deshacerse de todo eso.

Kelly se marchó a la habitación y se quedó meditando en ella, en silencio.

Minutos después, llegó a una de las conclusiones más importantes de su vida. Había decidido no volver a investigar y contentarse con los recuerdos de su madre que llevaba guardados en el corazón y en su memoria. «Perdóname, mamá», se repetía.

Tras esto, cerró los ojos entre lágrimas y se quedó dormida.

TTT

—Mi padre está muchísimo mejor —dijo Michael eufórico.

Michael, acababa de llegar de ver a su padre y se había pasado por la habitación para darle la buena noticia a Kelly.

—¡Eso es genial! —dijo Kelly.

—Sí, lo es...

En ese momento, Michael se marchó a la cocina y Kelly, pudo fijarse de nuevo en uno de los cajones del escritorio de Michael que continuaba medio abierto. Esta vez, no aguantó la curiosidad y lo abrió del todo. Dentro del pequeño espacio, pudo ver unas hojas esparcidas por el cajón: «¿Qué será esto?», pensó Kelly al encontrarlas. Cogió las hojas y las abrió con cuidado. Fue entonces, cuando pudo ver un montón de poemas, todos al parecer, escritos por Michael. Kelly, fascinada, llevó los papeles hacia donde Michael se encontraba.

—¿Qué es todo esto? —dijo Kelly mostrándole los papeles, al tiempo que sonreía tiernamente.

—¿De dónde has cogido eso? —respondió Michael sorprendido.

—Del cajón de tu escritorio... Son preciosos —dijo Kelly ruborizándose.

—En el papel, plasmar los sentimientos, es mucho más sencillo para mí. Esas, fueron las palabras que salieron de mí al transitar por las diferentes etapas de mi vida, entre ellas la muerte de mi madre —dijo Michael.

—¿Me los puedo quedar? —preguntó Kelly poniéndole ojos convincentes.

—Claro, todo tuyo. No son más que papeles —dijo Michael sonriendo.

El tiempo de la cena llegó, Michael preparó la cena y Kelly, se encontraba todavía investigando aquellos papeles de Michael con atención. Le habían resultado fascinantes y quería leerlos uno a uno.

—Ya está la cena, te he llamado un par de veces —dijo Michael asomándose hasta el salón.

—¿Ah, sí? Perdona —dijo Kelly percatándose.

En ese momento, se levantó del sofá y dejó aquellos papeles en su bolso. Se marchó a la cocina y procedió a comer lo que Michael había preparado, en frente de Michael, sentada en una de las sillas de madera marrón que había en la cocina.

Lo que Michael había cocinado, era un poco de carne que esta mañana había traído Kelly del supermercado, acompañado ahora a su vez por una gran ensalada.

Una vez acabaron de cenar, Michael y Kelly se sentaron en el sofá con la intención de ver de nuevo una película en el ordenador portátil de Kelly.

Kelly se recostó en el sofá y Michael se recostó junto a ella. Ambos se miraron, derritiéndose con la mirada del uno y del otro. A Kelly, le brillaban especialmente los ojos esta noche. Parecía tener un mundo entero escondido sólo entre sus ojos y al que sólo ella tenía acceso. Kelly sonrió dulcemente y Michael la besó en los labios. En ese instante, ella lo abrazó y vieron la película tapados con una manta y acurrucados el uno en el otro.

El día siguiente llegó y Kelly regresó de nuevo a trabajar. Fue andando hasta el trabajo por las solitarias y grises calles de Nueva York en donde se encontraba la empresa de su padre. Había llovido hacía escasos minutos y había un par de charcos en el suelo. Kelly tosió un par de veces de manera compulsiva, así que, en un gesto rápido cogió el inhalador que llevaba preparado en el bolsillo y se lo puso. Lo guardó de nuevo en el bolsillo y llegó sin más dificultad a la empresa.

Entró por fin en su oficina. Estaba tal y como lo había dejado. Abrió la ventana un par de minutos para ventilar la oficina y se sentó en la silla. Contempló los papeles que había sobre la mesa y empezó a trabajar.

Una vez establecida allí, pudo ver entrar a su padre.

—Kelly, cariño, tienes mucho trabajo acumulado.

—No importa, me puedo quedar un rato más —dijo Kelly sonriendo.

—¿Qué tal estás? —preguntó John.

—Estoy bien, de verdad —contestó Kelly con serenidad.

—Hacía tiempo que no te veía tan bien... Estás radiante.

Y era verdad, Kelly lucía radiante, con una expresión lozana en su rostro y sin lucir aquellas espantosas ojeras que la hacían mostrarse cansada y sin brillo. Se sentía feliz y lo reflejaba por fuera. La compañía de Michael le estaba haciendo mucho bien.

—Gracias —respondió sonriendo.

En ese instante, Kelly pudo ver como su padre se marchó de la oficina y

ella continuó trabajando.

TTT

Kelly, ya cansada de toda la faena que tenía acumulada, decidió dejar el trabajo que le quedaba, para mañana y decidió echar un vistazo a los poemas de Michael que llevaba en el bolso. Aprovechando que Michael estaría ahora viendo a su padre, y no estaría esperándola solo en casa, se quedó mirándolos sentada en la silla. Dándole vueltas a la cabeza, se le ocurrió publicar dos de los poemas de Michael, en la página web de la empresa, con motivo del treintaicinco aniversario de la empresa de Telecomunicaciones. Kelly, pensó que quedarían bien en la página web y le darían un toque sentimental. Además, sería una forma original de celebrar el aniversario, así que, con decisión, los colgó en la página web.

Una vez que acabó, sonrió para sus adentros. Se guardó de nuevo los poemas en el bolso y se lo colgó al hombro. Suspiró. Apagó las luces y salió de la oficina.

Mientras iba caminando hacia la casa de Michael, Kelly iba preguntándose si había hecho bien o mal publicando aquellos poemas tan íntimos y personales de Michael. Ella, había puesto al final de los poemas el nombre de Michael; no se estaba apropiando de su autoría, pero estaba actuando sin permiso.

Una vez que llegó a casa de Michael, abrió la puerta, dejó el bolso en el suelo y al girarse, pudo ver con estupor al padre de Michael. Aquello la dejó sorprendida y no pudo quitarle el ojo de encima.

—Hola, soy Kelly. ¿Me recuerdas? —dijo Kelly todavía con un rastro de sorpresa en sus ojos.

—Sí, te recuerdo. Eres la amiga de Michael que vino a verme al hospital —dijo Vincent, el padre de Michael.

—No exactamente, ella no es mi amiga —dijo Michael apareciendo en escena.

—¿Ah, no? ¿Y qué es? —dijo Vincent mirándolo con atención.

—Es la mujer de la que estoy enamorado —dijo Michael mirando con ternura hacia Kelly.

Un gran silencio reinaba la sala. Nadie, ni siquiera Kelly, se había atrevido a hablar desde que Michael dijo que ella era la mujer de la que estaba enamorado, y de eso hacía ya varios minutos. Kelly enmudeció ante la inesperada confesión. Se quedó impactada y no contestó. Ella, sabía que se gustaban y que sentían cosas el uno por el otro, pero todavía no habían hablado de amor. No sabía muy bien que contestar ahora. No quería meter la pata delante del padre de Michael, así como tampoco se había atrevido a decir que vivía provisionalmente allí.

—¿Enamorado? —contestó Vincent rompiendo el silencio.

—Sí. Enamorado.

—¡Bah! No puedes estar enamorado en tan poco tiempo —dijo Vincent.

—¿Y, por qué no? —respondió Michael.

—¡Porque no la conoces! —replicó Vincent.

—Uno nunca termina de conocer a las personas —concluyó Michael.

El regreso de Vincent había supuesto un jarro de agua fría para Kelly, quien sentía que su presencia allí, ahora estaba de más.

—Michael, ¿podemos hablar un momento? —pidió Kelly.

—Sí, claro —respondió Michael y dirigiéndose hacia Vincent dijo—. ¿Nos disculpas un momento, papá?

En ese momento, los dos se dirigieron hacia la habitación que estaba ocupando de manera provisional Kelly.

—He decidido irme a mi casa —soltó Kelly.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó Michael.

—Aquí, ya somos demasiados y yo no pinto nada, Michael —dijo Kelly.

—De eso nada, tanto aquí, como en mi vida, pintas mucho —respondió Michael cogiéndola de las manos.

—No, no es cierto —dijo Kelly mirando hacia el suelo.

—¡Eh, eh! Mírame —susurró Michael cogiéndola de los hombros y mirándola a los ojos dijo—. Yo nunca voy a dejar que te sientas mal.

Kelly, aliviada, respiró hondo y se marchó agarrada a Michael, de vuelta al salón.

—Voy a ir preparando la cena —dijo Michael.

Michael, se marchó a la cocina y Kelly se sentó en el sofá. Segundos

después, Vincent se sentó junto a ella.

—Sé que tú y Michael estáis juntos —dijo Vincent mirándola fijamente.

—No, no estamos juntos —dijo Kelly con un hilo de voz.

—Si no fuera así, no estarías ahora aquí —dijo Vincent sonriendo.

Al oír aquello, Kelly se ruborizó, abrió los ojos de par en par y dijo:

—¡Eso no tiene nada que ver!

—Pero, hace un momento, Michael dijo que estaba enamorado de ti —dijo Vincent mirándola sonriente.

Kelly cerró los ojos, suspiró y dijo:

—Sí, lo he oído.

—Y tú no le has contestado —dijo Vincent clavándole los oscuros ojos.

—No es tan fácil —dijo Kelly con visible incomodidad.

—¿Ah, no? —preguntó Vincent con sarcasmo.

—Mi situación es distinta... —murmuró Kelly.

—¿Distinta? —dijo Vincent con incredulidad.

—He sufrido muy recientemente en el amor y todavía tengo un poco de miedo —dijo Kelly tragando saliva.

—¿Y no te fías de Michael? —preguntó Vincent directo.

—Sí, me fío, si no no estaría aquí. No entiendo por qué tanto interrogatorio... —contestó Kelly.

—Mujer, es para conocernos un poco más. Sé que mi primera impresión, no fue muy buena, y estoy tratando de arreglarlo ahora que somos una familia —dijo Vincent haciendo sonar una leve carcajada.

«¿Pero qué se habrá tomado?», pensó Kelly. Y así, su propio pensamiento le causó gracia, provocando que estallara en risa. El fuerte sonido de su risa, hizo salir a Michael de la cocina y al verla reír en el salón de forma distendida dijo sonriendo:

—¡Vaya! Nunca te había visto tan feliz, Kelly.

—Ni a mí tampoco, hijo —dijo Vincent sacando la lengua de forma burlesca.

—Tú es normal que estés feliz, acabas de salir de un hospital, tu vida ha mejorado...

—¿Tú crees? Si aquí no hay televisión —dijo Vincent haciendo desternillar a Michael y Kelly, de risa.

Habían tomado la cena que Michael había preparado y se sentaron todos juntos en el sofá.

—Por cierto, he podido fijarme en la nueva decoración. No creo que haya

sido idea de Michael, no creo que a Michael se le ocurriera llenar la casa de florecitas... ¿O sí, Michael? —preguntó Vincent.

—No, no ha sido idea mía, pero, ¿por qué yo no podría llenar la casa de florecitas?

—Porque tú eres como tu padre, más funcional y práctico. Yo se que tú, no le ves utilidad a unas florecitas... En un jardín, bien, en una casa sólo están para criar polvo.

—Muchas gracias... —contestó Kelly con ironía.

—Están muy bonitas las flores... —respondió Vincent.

Con el pasar de los minutos, Vincent estaba que se caía de sueño y se marchó a acostar en su habitación. Michael y Kelly, se quedaron en el sofá.

—¿Dónde dormirás tú ahora? —preguntó Kelly con culpabilidad.

—Puedo dormir en el sofá —dijo Michael.

—Pero eso no es justo, tú me has prestado tu habitación, mientras tú dormías en la habitación de tu padre, ¿y ahora qué? La que debería dormir en el sofá, debería ser yo.

—Pero, yo no quiero que tú duermas en el sofá —respondió Michael sonriendo.

—Yo tampoco quiero que tú duermas en el sofá —respondió Kelly sonriendo.

—Tranquila, estaré bien. No me voy a la guerra —dijo Michael con media sonrisa.

Kelly lo miró con compasión, sentía que no quería que él estuviera mal. Sabía que se había convertido en una persona muy importante en su vida. Si él estaba mal, ella también lo estaría.

Exhaló y lo miró dulcemente.

—Me gustaría celebrar contigo que mi padre, ya está en casa —dijo Michael sacando una botella de champán de un armario.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Kelly al ver la botella.

—Son todas las botellas de alcohol que encontré de mi padre. Las escondí en ese armario de ahí —dijo Michael señalando.

—Yo no estoy acostumbrada a beber —dijo Kelly mirando hacia la botella.

—Yo tampoco, pero sólo será en esta ocasión —respondió Michael abriendo la botella.

Michael se sirvió una copa y sirvió una copa también a una Kelly que miraba reticente hacia la botella.

—No pasará nada, confía en mí —dijo Michael acercándole la copa.

—Está bien —dijo Kelly sonriendo.

Agarraron las copas y la noche pasó, sin darse cuenta, entre risas y tragos.

Kelly se despertó confundida y le dolía fuertemente la cabeza. Se quejó un par de veces y miró hacia su derecha. Mirando hacia su derecha pudo ver en la misma cama, a un Michael que yacía dormido. Aquello la asustó, y su grito lo despertó.

—¿Qué haces tú aquí? —gritó Kelly.

—¿Qué? —dijo Michael sin poder abrir aún del todo los ojos.

—Despierta, Michael —dijo Kelly moviéndolo.

—¡Ah! Mi cabeza... —dijo Michael tocándose la cabeza.

—No recuerdo nada de lo que pasó anoche —dijo Kelly confusa.

—Recuerdo que bebimos y luego, no sé que más pasó —dijo Michael avergonzado mirando hacia Kelly, y echándose las manos a la cabeza dijo—. No tenía que haber sacado esa botella, se nos fue de las manos.

—¿Habrá pasado algo? —preguntó Kelly preocupada.

—No lo sé, no lo recuerdo.

—No sería lo más romántico del mundo —susurró Kelly.

—Lo sé. No te preocupes, seguro que no habrá pasado nada —dijo Michael acariciándola.

Kelly respondió fríamente a esa caricia y miró hacia Michael.

—Será mejor que me vaya —dijo Kelly compungida.

En ese momento, Kelly cogió su bolsa y salió de la habitación, sintiéndose avergonzada. Se metió en el baño, se miró en el espejo y se lavó la cara, mientras contemplaba su rostro pensando en lo que habría podido pasar por la noche.

Respiró hondo, abrió la puerta del baño y salió consternada. Observó que Michael, la estaba esperando afuera.

—Kelly, ¿qué pasa? —dijo Michael mirándola con tristeza.

—Me marcho —respondió Kelly.

—¿Por qué? —preguntó Michael.

—Porque es mejor que me vaya.

—Pero, nos queremos —respondió Michael.

—Sí Michael, pero esto ya ha ido demasiado lejos y tu padre tiene razón, casi no nos conocemos. Además, hay algo que no te he dicho y temo que al decírtelo no quieras saber ya nada más de mí.

—Me estás asustando —dijo Michael.

Kelly respiró hondo y dijo:

—He publicado dos de tus poemas en la página web de la empresa.

—¿Cómo? —preguntó Michael contrariado.

—Sí... Lo siento, no debí hacerlo sin tu permiso, pero no te preocupes, te devuelvo los poemas —dijo Kelly sacando del bolso los poemas.

Michael se quedó incrédulo, incapaz de articular palabra, mirando hacia los poemas que ahora tenía en su mano y Kelly, en ese momento, aprovechó para irse cabizbaja sin mirar atrás. Cerró la puerta con un gran dolor y salió de su casa, a solas con sus pertenencias.

TTT

El tren con destino a *Cold Spring* iba a salir hacia su destino. Kelly, montada en uno de los vagones, continuaba seria y pensativa. No podía parar de darle vueltas a la cara que se le había quedado a Michael al contarle lo de los poemas, parecía tan desilusionado. Aquello la hizo sentir con el alma en los zapatos, se sentía demasiado egoísta.

El tren se puso en marcha y Kelly, dejó atrás Nueva York, dejando también atrás consigo todo lo que fueron Michael y ella. No podía creerse que todo hubiera cambiado tan rápido. La vida en un segundo la había llevado a un destino que ella no había planeado. Ella, en realidad, no quería irse de su lado, pero no tenía el valor de hacer frente a la desilusión que había en los ojos de Michael. Sabía que si le decía lo que había hecho, nada volvería a ser como antes y se había arriesgado a perderle, dejando un pedazo de su corazón allí, junto a él. Sentía que le habían desgarrado aquel pedazo de corazón y ahora, ya no podría recuperarlo jamás, pues sentía que ese pedazo, siempre iba a pertenecerle a Michael.

Respiró hondo y miró por la ventana, absorta en sus pensamientos. Fue recordando todos los momentos que había pasado junto a Michael y las lágrimas brotaron de sus ojos. Su mente no era capaz de asimilar todo lo que acababa de pasar, se sentía sumida en una profunda angustia que acababa de hacer todo su mundo tambalear.

Fue mirando por la ventana el vacío día de domingo que había amanecido en la ciudad, sintiéndose culpable y con el corazón hecho trizas, hasta llegar a su destino.

Había pasado un mes desde que Kelly no había vuelto a saber nada de Michael. No había tenido el valor de volver a la cafetería en donde siempre tomaba el café. Algunas veces, le parecía verle por los cristales de la cafetería sentado en la mesa de al lado de la ventana, pero ni siquiera tenía el valor de volver a mirar para comprobarlo. Ahora, era como si se hubieran convertido en dos desconocidos y fuera sólo alguien más de aquel lugar, pero Kelly, sentía que Michael tenía un pedacito de ella, sentía que tenía un pedacito de su vida, y no podía hacer como que nunca lo conoció, como que nunca pasó.

Kelly salió de la empresa hacia la nueva cafetería en la que ahora solía tomar el café, para así evitar tantos y tantos recuerdos. Pasó solitaria por la puerta en la que en el pasado tomaba su *capuccino* y en ese momento, se mareó. Se sujetó en los cristales de la cafetería tratando de mantener el equilibrio, pero se sentía bastante débil y se dejó caer hasta abajo. Kelly, no sabía que estaba pasándole y se asustó muchísimo. Su corazón latía con fuerza y apenas podía sentir las piernas. Acto seguido, Michael que la había visto desde los cristales, salió de la cafetería y la levantó del suelo.

—¿Michael? —dijo Kelly con la voz quebrada.

—Sí, Kelly, soy yo —dijo Michael mirándola preocupado.

—Michael, no me siento bien —dijo Kelly susurrando.

—¿Qué te pasa? Estás muy pálida. Ven conmigo, te acompañaré al médico —dijo Michael cogiéndola de las manos.

Michael se llevó a Kelly a la esquina de la calle y comprobó con lástima que caminaba muy despacio. Kelly iba fatigada, apoyada en el hombro de Michael. En ese momento, Michael le tocó la cara y le retiró el cabello. Enseguida, sujetándola con cuidado, le hizo el alto a un taxi y se montaron con rapidez en él.

—Muchas gracias, Michael —susurró Kelly.

—No me las des —dijo Michael contemplándola preocupado en el asiento.

Kelly apoyó la cabeza en el reposacabezas del coche y cerró los ojos.

Una vez en el hospital, Kelly se sentó en uno de los asientos y Michael la miró con compasión. A Kelly, las luces blancas del techo no hacían sino

aumentarle aún más la incomodidad y Michael, le trajo una botella de agua de una de las máquinas que allí había y se volvió a sentar con ella, arropándola en todo momento. Kelly dio un trago a la botella y miró hacia Michael.

—Siento lo que hice, Michael. No me había atrevido ni a mirarte a la cara —dijo Kelly susurrante.

—Admito que me dolió, pero más me dolió la manera en que te fuiste. No te despediste de mí y creí que no querías saber nada más de mí —dijo Michael contemplándola serio—. Al verte en el suelo, se me cayó el mundo también al suelo y el corazón me dio un vuelco. Nada de lo que había pasado entre nosotros importaba, tan sólo corrí en tu ayuda, porque era lo que me pedía el corazón.

En ese momento, Kelly cogió a Michael de la mano y lo miró con dulzura a los ojos.

—Yo también tenía miedo de que no quisieras volver a saber nada de mí, estaba muy avergonzada de lo que hice, lo siento mucho. Lo último que quería era hacerte daño —dijo Kelly con un hilo de voz.

—Lo importante es que ahora estés bien —dijo Michael cogiéndole la mano con fuerza.

Ambos esperaron juntos y cogidos de la mano en las sillas azules del hospital, el turno de Kelly.

Pasaron a Kelly adentro de una sala y Michael se quedó esperando afuera, sentado en la misma silla azul en la que hasta ahora la había estado acompañando.

Michael, esperó durante eternos minutos, sentado en aquella molesta silla. La espalda le comenzaba ya a doler y decidió levantarse, estirarse y volver a sentarse.

Con el pasar de los minutos, estaba rígido, sentado en una mala postura, la espalda se le resentía todavía más y ya no sabía como sentarse. Recordó como una vez, también estuvo esperando sentado el recibir noticias de Kelly.

Se notaba la boca seca, ya llevaba un buen rato esperando y se sentía cansado. Se levantó del asiento y fue hacia una de las máquinas, a sacarse una botella de agua. La bebió de un trago y se volvió a sentar de nuevo, preocupado y con ganas de recibir noticias de Kelly.

Finalmente, Kelly salió de la consulta en dónde estaba y se dirigió seria y preocupada hacia donde Michael aguardaba.

—Ya nos podemos ir —dijo Kelly.

—¿Qué te han dicho? ¿Qué es lo que te pasa? —preguntó Michael

preocupado.

—Prefiero contártelo en otro sitio —dijo Kelly colocándose un mechón del cabello detrás de la oreja.

Ambos llegaron a una cafetería y se sentaron en una mesa bastante soleada de una esquina.

—Ahora dime sin rodeos. ¿Qué pasa? —dijo Michael observándola fijo.

En ese momento, Kelly podía oírse los latidos de su corazón y estaba segura de que Michael, podía oírlos también. Su corazón golpeaba contra su pecho queriendo salir. Contó mentalmente hasta tres, respiró hondo, se recolocó el cabello con las manos temblorosas y dijo:

—Estoy embarazada.

Michael palideció, sus ojos la contemplaron sin apenas creerlo. Se llevó sus manos a la boca y continuó observándola, mudo.

—Para mí también ha sido algo impactante.

—¿De cuánto estás? —preguntó Michael tartamudeando.

—De unas cuatro semanas —contestó Kelly.

—Entonces, esa noche en mi casa, ¿pasó algo entre nosotros? —preguntó Michael incrédulo.

—Sí, se ve que sí... —contestó Kelly.

—¿Eso quiere decir que voy a ser padre? —dijo Michael mirándola fijamente a los ojos.

—Sí, Michael —dijo Kelly.

Michael, al oír aquello, se levantó de la silla y abrazó a Kelly. Kelly lo abrazó fuerte también y las lágrimas empezaron a salir de sus ojos. Se sentía muy emocionada.

TTT

Michael, no podía creer que fuera a ser padre, se sentía contento, porque era con la mujer que amaba, pero aún así se sentía a cargo de una gran responsabilidad, que además le había venido de sorpresa y para la que no sabía si estaba preparado. Estaba esperando a Kelly, que iba pronto a salir de trabajar, en la puerta de la empresa con las manos en los bolsillos, protegiéndose así de la fría noche de febrero.

Esperó tres minutos y Kelly salió por la puerta en la que Michael aguardaba. Kelly, sonrió con inocencia y lo miró con unos ojos, que le brillaban como diamantes y que eran la debilidad de Michael. En ese momento, Michael se acercó a ella y le dio un beso. La miró sonriente y la abrazó para, finalmente, mirar con ilusión hacia su tripa.

—Cómo me gustaría que mi madre estuviera aquí, para poder darle la noticia, seguro que se pondría tan feliz... —dijo Kelly suspirando.

—¿Se lo has contado ya a tu padre? —preguntó Michael volviendo su vista hacia ella.

—No, todavía no. Quiero decírselo con tranquilidad, todavía no estoy preparada para su reacción —dijo Kelly con gesto serio y mirándolo con suavidad dijo—. Y también quiero que estés tú delante.

Michael cogió a Kelly de las manos y dijo hablando desde el corazón:

—Kelly, yo sé que mi sitio está contigo. Nunca en mi vida he tenido algo tan claro como ahora. Sé, que nunca más, quiero separarme de ti.

Kelly lo miró emocionada y con los ojos vidriosos dijo:

—¡Te he echado tanto de menos!

—Y yo, Kelly. No tienes ni idea de cuánto te he echado de menos y cuánto me ha dolido no estar junto a ti... Y por eso, tengo una sorpresa para ti —dijo Michael sonriendo.

Los dos se dirigieron cómplices y agarrados hacia donde Michael la llevaba. Cuando ya casi habían llegado, Kelly continuaba sin saber qué sorpresa le habría preparado. Michael, se mordió la lengua y fue todo el camino sin mencionarle, ni darle ninguna pista sobre la sorpresa.

Una vez que llegaron y se pararon frente a la casa de Michael, Kelly pudo darse cuenta de que la había traído hasta allí. Michael abrió la puerta, saludó a su padre y Kelly saludó a Vincent con timidez.

—Sabía que volverías —dijo Vincent feliz.

Kelly se ruborizó y Michael la miró cariñoso.

—Kelly, ven conmigo —dijo Michael.

Michael acompañó a Kelly hasta su habitación, cerró la puerta y dijo:

—Yo tampoco le he dicho todavía a mi padre que estás embarazada. También quiero que estemos los dos.

—¿Me has traído aquí para eso? —dijo Kelly con una sonrisa pícaro.

—No, no es eso. Todavía no me has pillado la sorpresa.

Michael pidió a Kelly que se sentara en la cama y que cerrara los ojos. Una vez que ella lo hizo, él buscó la guitarra de detrás de la puerta y se puso en frente de ella. En ese momento, empezó a tocar la guitarra, recitando cada uno de los dos poemas que Kelly había puesto en la página web de la empresa:

"...tan sólo el corazón, sabe lo que siente,
tan sólo escuchalo que no te miente..."

Una vez que Michael acabó de tocar y recitar los poemas favoritos de ella, Kelly sonrió emocionada y se abalanzó sobre Michael, envolviéndolo en un gigantesco abrazo.

—¡Te quiero tanto! —dijo Kelly mientras lo abrazaba.

—Yo más —dijo Michael abrazándola emocionado.

Michael y Kelly, se dirigían hacia la casa de Kelly en *Cold Spring*. Iban con el corazón acelerado y notando miles de mariposas revoloteando inquietas en su interior. El cosquilleo incesante que sentían, era motivado por la noticia que tenían que darle a John y a Gillian y no era otra que la del embarazo. Sentían una gran angustia pues no sabían cómo se lo iban a tomar. Esta, no era una noticia de la que estuvieran seguros de la manera en que iban a reaccionar y no saberlo les generaba una tremenda angustia.

Kelly, montada en el coche de Michael, sentía verdadero miedo y las manos se le entumecieron congeladas. Se acercaban ya a las últimas oscuras curvas de antes de llegar a la casa. Cerró los ojos y respiró hondo: «Mamá, si puedes oírme, dame fuerzas, no me dejes sola en este momento».

Cuando llegaron por fin a la casa, Michael se bajó del coche y Kelly continuaba dentro, sentada, con la mirada perdida. Michael le abrió la puerta del coche y la tocó suavemente.

—Ya hemos llegado, Kelly —susurró Michael.

Kelly suspiró, puso un pie en el suelo, cogió su bolso y a regañadientes salió del coche. Michael cerró la puerta y ambos se dirigieron de la mano hacia las escaleras de entrada a la puerta de la casa.

—¿Estás lista? —preguntó Michael una vez parados en frente de la puerta.

—Sí, lo estoy —dijo Kelly apretando fuerte la mano de Michael.

Michael llamó a la puerta y miró hacia Kelly sonriéndole dulce para tratar de tranquilizarla.

Pasados unos segundos, Gillian abrió la puerta y los contempló relajada y muy sonriente.

—Pasad —dijo Gillian.

—Sí, que aquí fuera hace un frío de muerte —dijo Michael sonriendo.

Los dos pasaron hacia dentro del recibidor y la puerta se cerró. Ya no tenían escapatoria, debían enfrentar su destino. Colgaron los abrigos en el perchero de al lado de la puerta y se adentraron al calor del hogar. Kelly miró a Michael y le cogió de nuevo la mano antes de pasar al salón.

Una vez en el salón, allí los recibió un sonriente John, levántandose del sillón para saludarlos y al acabar de saludarse, se sentaron los tres en el sillón, junto a la chimenea.

—¿Queréis algo de picar? —preguntó John.

—No, muchas gracias —respondió Michael sonriendo.

—Yo tampoco quiero nada —dijo Kelly seria.

John la contempló percatándose de la seca expresión de su rostro, al tiempo que vio pasar a Gillian al salón.

—Gillian, siéntate aquí con nosotros —dijo Kelly.

Gillian la miró dulce y se sentó en un lado del sofá. Kelly soltó la mano que tenía cogida de Michael y se frotó las manos.

—Hay una noticia que tenemos que daros —dijo Kelly humedeciendo sus labios.

Michael la cogió de la mano y la miró atento.

—Estamos esperando un bebé.

John se llevó las manos a la cabeza y su gesto se tornó serio, como nunca Kelly lo había visto antes. Gillian a su vez se quedó sin habla, con una gran expresión de inquietud en su rostro.

—¿Acaso no os alegráis? —preguntó Kelly.

—Un nacimiento siempre es una alegría —respondió John sin poder evitar sentirse contrariado.

—¿Entonces? —preguntó Kelly confundida.

John suspiró, miró cabizbajo un par de segundos hacia el suelo y dijo:

—Nunca creímos que llegara este momento.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Kelly asustada.

—Kelly, verás... —dijo John sin apenas poder articular palabra, suspiró y continuó hablando— Hay algo que debes saber y te lo hemos estado ocultando todos estos años para protegerte.

Kelly continuaba mirándolo alerta y expectante. Se sentía asustada y no podía controlar su respiración agitada. Tenía ganas de saber que era eso que habían estado ocultándole y que hoy tenían que decirle.

—Es muy difícil para mí decir esto, no sé cómo decirlo, ni por donde empezar —dijo John mirando hacia su hija, hizo una pausa y continuó—. Tu madre, no murió a causa de las complicaciones de una neumonía como te dijimos. Tu madre, al quedar embarazada de ti, cogió una enfermedad rara. Los médicos dijeron que era hereditario y que, quizás, también tú al quedar embarazada la tendrías.

—¿Cómo? —preguntó Kelly trastocada.

—No quisimos contártelo nunca, para que no te sintieras culpable.

Kelly no entendía nada, se sentía confundida y todo empezaba a darle

vueltas.

—¡Eso no puede ser! —gritó Michael agarrando con fuerza el asiento.

—Sé que es difícil de creer, pero las fotografías que Kelly encontró junto a Gillian, lo demuestran —le dijo John a Michael y dirigiéndose hacia Kelly dijo—. Gillian, era la enfermera de tu madre, Deborah. Ella, cuidó de tu madre durante aquellos diez años. La enfermedad, en el último tiempo pareció remitir, se confió y se volvió a quedar embarazada, para poder darte un hermano. Todos le dijimos que era una locura... Pero ella quería. Ahí, su cuerpo no lo resistió y murió.

—¡No! —gritó Kelly rota de dolor.

—No te lo dijimos porque no queríamos que pensaras que tu madre murió por tu culpa. Cuando me dijiste que el ascensor te llevó a aquella planta, el mundo pareció detenerse para mí. Aquella planta a la que fuiste, era el despacho de Deborah. Yo no podía eliminarlo, sería como eliminarla a ella de la empresa. Había sido incapaz de entrar nunca, pero, al haber entrado tú, me llevé todo lo que allí había, por miedo a que alguien más pudiera entrar también. Me dolió tanto ver que había tantos recuerdos allí encerrados, oxidándose con el paso del tiempo —dijo John.

—¡No! Mi madre, mi madre... —dijo Kelly tapándose la boca angustiada mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

—No le busques el por qué, tan sólo sucedió y ya está... No puedes dejar que el pasado robe tu presente —dijo John mirando conmovido hacia Kelly.

—Tu madre había venido al mundo sola, y te ha dejado a ti aquí. Eso es algo maravilloso —dijo Gillian acariciándole la cabeza a Kelly.

—Tal vez, pensé que querías sustituir a mi madre —dijo Kelly entre lágrimas volviéndose hacia Gillian.

—No, cariño —dijo Gillian mirándola con dulzura.

—Pero estás en su lugar —añadió Kelly.

—Soy distinta. Nunca dos personas podrán ser iguales. A tu madre, le tuve muchísimo cariño y no pretendo, ni he pretendido sustituirla —concluyó Gillian.

—Gillian me ayudó a pasar el mal trago. Estuvo conmigo acompañándome en mi dolor, cuando tu madre faltó. Con el pasar de los años, nos fuimos enamorando, porque en el corazón no se manda. Gillian, también se había hecho muy amiga de tu madre y sintió mucho su pérdida. Compartimos el dolor —dijo John.

—No recuerdo haber visto nunca a Gillian cuando era pequeña —dijo

Kelly.

—Tu madre nunca quiso que te enteraras de su enfermedad. Ella sólo quería que te preocuparas de jugar —contestó John.

—¿Y qué significa el papel que encontré en la caja magenta, que decía que mamá te hizo socio antes de morir? —preguntó Kelly pensativa.

—Cuando tu madre supo que iba a morir, lo cambió todo para dejarnos a nosotros. Ella decidió ponerlo todo a mi nombre, que más adelante será el tuyo —dijo John.

—¡Oh, papá! —dijo Kelly abrazándolo— Siento mucho el daño que he podido causaros al traeros el doloroso pasado de vuelta a vuestro presente.

—La noticia de tu embarazo nos ha traído muchos recuerdos dolorosos, y lo último que queríamos era que se volviera a repetir en ti... Deberíamos habértelo contado, pero te estuvimos protegiendo... Tampoco sabíamos que ibas a tener hijos tan pronto, al menos no hasta que te casaras —dijo Gillian.

En ese momento, Kelly miró hacia Gillian y su padre, atemorizada.

—Papá, Gillian, efectivamente ahora yo estoy embarazada... Y tengo miedo —dijo Kelly tragando saliva.

—Ten fe —repondió Gillian tocándole suave el hombro—, mamá nunca dejará que nada malo pase.

TTT

Kelly se arrodilló en el suelo, frente a la lápida de su madre. Contempló con dolor su nombre grabado en ella y tocó la piedra. Miró al cielo y dejó encima de ella unas flores violetas que había besado. Cerró los ojos, suspiró y dijo:

—Yo sí que estoy orgullosa de ti, mamá.

Las lágrimas corrían por sus mejillas, Kelly se sentía en paz a su lado. Podía sentirla. Sentía una energía renovadora envolviéndola. La sentía latente desde su interior.

—Estoy viva por ti, mamá.

Su corazón latía con fuerza, se sentía feliz de haberla podido tener cerca, aunque fuera poco tiempo y no todo el tiempo que a ella le hubiera gustado, pero se conformaba. Feliz de haber estado junto a ella y de haber podido vivir todos aquellos dulces momentos, que habían sido toda su energía y fortaleza en los peores momentos. Le dio las gracias y se sintió inmensamente feliz de estar ahora a su lado. Al levantar la vista, pudo sentir un escalofrío recorrer todo su cuerpo. Una suave brisa le rozó el cabello y su rostro dibujó una fina sonrisa, entre lágrimas.

Michael había llevado a Kelly a la casa que compartía con Vincent para que se quedara a cenar y pudieran los dos contarle por fin la noticia del embarazo a su padre Vincent. Aquel día que habían estado en casa, con la sorpresa de los poemas que le dio Michael, se les olvidó, así que, hoy era el día. Los dos, estaban sentados en el sofá, mirándose cómplices. Habían pensado que era el tiempo de decírselo.

—Papá, hay algo que todavía no sabes.

—¿El qué hijo? —respondió Vincent.

—Una, dos y tres... —dijo Michael mirando hacia Kelly.

—Estamos esperando un bebé —dijeron al unísono.

—¿Si? ¿De verdad? ¿Y de cuánto estás, Kelly? —preguntó Vincent sonriendo.

—De unas cuatro semanas. Aquel día que me marché de tu casa, habíamos amanecido juntos... —dijo Kelly recolocándose el cabello.

Vincent comenzó a reír y dijo:

—Lo sé. Yo mismo os acompañé a la cama.

—¿Cómo? —preguntó Kelly sorprendida.

—Me despertaron vuestros chillidos y risas. Llegué al salón y os vi sentados en el sofá. Michael se tropezó con la lámpara y tú, te reías mirándolo desde el sofá. Al ver todas las botellas vacías que había alrededor, os acompañé a la cama y caísteis rendidos en ella —dijo Vincent.

—Es verdad. Ahora lo recuerdo —dijo Kelly recordando algunas imágenes de esa noche que iban viniéndole a la cabeza.

—Cuando regresé de dejaros en la habitación, vi todas aquellas botellas ahí tiradas y en algunas aún quedaba alcohol. Fui fuerte y las eché por el fregadero. No las bebí, porque con todo lo que Michael ha hecho por mí, he decidido no volver a beber —sentenció Vincent.

—Me alegra mucho oír eso, papá —dijo Michael mirándolo orgulloso.

—Entonces, ¿esa noche no pasó nada entre Michael y yo? —preguntó Kelly confundida.

—No —respondió Vincent.

—Y, ¿cómo puede ser que ahora esté embarazada? —preguntó Kelly extrañada.

—De ese día es imposible —concluyó Vincent.

Kelly no entendía nada. No había tenido la menstruación en este último mes, pero también era verdad que para ella era bastante normal. Tenía una menstruación irregular y había algunos meses que no la tenía y luego, había meses que la tenía de manera periódica. Tenía un desajuste hormonal, pero no quería tomarse ninguna pastilla para regularla.

Kelly, recordó que las enfermeras del hospital le habían preguntado si era posible que estuviera embarazada, a lo que ella había contestado que sí, al pensar en esa noche que había amanecido junto a Michael. Con lo que, había muchas posibilidades de error y más al, ahora Vincent, hacerle recordar que no había pasado nada esa noche entre Michael y ella... Y todavía más teniendo en cuenta que Kelly, no había querido hacerse ninguna prueba para el embarazo en el hospital, tan sólo le hicieron un reconocimiento.

Ante las dudas, Kelly y Michael acudieron a comprar un predictor y Vincent se quedó a solas, leyendo un libro muy interesante que Kelly le había regalado.

Una vez que Michael y Kelly subieron a casa, un Vincent ansioso los esperó alerta. Enseguida que oyó la puerta, dejó el libro en la mesa y fue hacia ellos.

—¿Estás embarazada? —preguntó con ansia Vincent.

—Aún no lo sé, tengo que usar esto —respondió Kelly enseñándole el predictor.

TTT

Habían transcurrido ya más de tres minutos desde que Kelly había utilizado el predictor y a Kelly, la espera se le estaba haciendo eterna y le estaban empezando a transpirar las manos. Miró de nuevo las instrucciones de la caja y comprobó que debía esperar alrededor de cinco minutos. Y es que, con la emoción, ya no se acordaba ni del tiempo que debía esperar. Toda su atención estaba puesta en el futuro, en saber el resultado. Miró hacia Michael y dejó en la mesa el predictor mientras pensaba para sí misma: «Que sea lo que deba ser». Se sentó al lado de Michael en el sofá y se acurrucó en su hombro.

Kelly miró el reloj, habían pasado ya cinco minutos. Había llegado la hora. Suspiró, se levantó del sofá y fue junto a Michael con el corazón en un puño hacia la mesa en la que se encontraba el predictor.

—¿Estás lista para verlo justo ahora? —dijo Michael.

En ese momento, su corazón comenzó a latir con fuerza. Se notaba

angustiada y podía sentir su estómago retorcerse. Trató de tranquilizarse y cerró los ojos.

—No sé si quiero saberlo —respondió angustiada.

—¿Por qué? —preguntó Michael.

—Porque tengo miedo.

Michael la abrazó y le acarició el cabello.

—Entonces, estaré contigo hasta que te sientas preparada —contestó Michael acariciándole suave el cabello.

Tras pasar de varios minutos, Kelly respiró hondo y le susurró al oído:

—Estoy lista.

Michael sonrió y la cogió de la mano.

—Vamos —dijo Michael.

Sin pensarlo dos veces, Kelly cogió el predictor y Michael se colocó detrás de ella, abrazándola cariñoso desde atrás. Kelly, tenía ahora mismo un montón de sentimientos encontrados que parecían sacudirle todo el interior. La angustia le quemaba, sólo quería saber la verdad y había llegado el momento. Kelly acercó el predictor y ambos, angustiados pudieron comprobar lo que allí aparecía escrito.

Kelly se llevó las manos a la cabeza y dijo incrédula:

—No estoy embarazada.

Michael le apartó el cabello marrón que había caído sobre su rostro y la besó en la mejilla.

Las lágrimas comenzaron a asomar por sus verdes ojos, para instantes después, estar recorriendo libres sus mejillas.

—Era nuestra última oportunidad —susurró Kelly abatida, cerró los ojos, los abrió y dijo—. Ahora, ya no podremos tener hijos, no quiero arrastrar al bebé a una enfermedad, sería una crueldad y una locura.

—Sería una locura perderte —dijo Michael dándole un beso en la frente.

Kelly lo abrazó y Vincent contempló la tierna escena sonriente.

TTT

—Esas cosas, a veces fallan —dijo Vincent refiriéndose al predictor mientras servía la cena.

—No te creas, tiene bastante efectividad. Lo comprobaré mañana, de todas maneras, yendo de nuevo al hospital, pero estoy convencida de que no lo estoy... Desde luego, si no estoy embarazada, no sé lo que me pasó ni por qué me mareé.

—Quizá, fue tan sólo ansiedad —dijo Michael.

—¿Ansiedad? —preguntó Kelly.

—Sí, quizás el pasar de nuevo por ahí, por aquella cafetería, te trajo demasiados recuerdos dolorosos y te derrumbaste —dijo Michael.

—Tal vez tengas razón. Llevaba una carga muy fuerte al pensar que te fallé, sostenía un dolor insoportable en mi pecho —respondió Kelly.

—No lo recuerdes más. Quedémonos con lo bueno —dijo Michael mirándola embelesado.

—Lo bueno es que ahora te tengo aquí otra vez —dijo Kelly sonriendo dulce mientras acariciaba suave la cara de Michael.

—¿Te digo una cosa, Kelly? —dijo Michael.

—Dime —respondió Kelly mirando con atención los negros ojos de Michael.

—Todos estos días, al enterarme de la noticia de la enfermedad rara de tu madre que podrías tener tú también al haber quedado embarazada, pedía con fuerza que no te pasara nada. Ni a ti, ni a nuestro bebé. Ahora, el saber que no estás embarazada; por una parte, me ha supuesto un gran alivio, pero por la otra, voy a echar mucho de menos a nuestro bebé —dijo Michael.

Kelly lo miró conmovida. No sabía muy bien que decir, aquellas palabras le habían llegado al alma. Recapacitó sobre ellas y dijo:

—Yo también tenía miedo. Todo este tiempo había estado triste al pensar que mi madre me había abandonado. Ahora sé que de mí nunca se fue. Sé que la llevo tan dentro de mí... Su recuerdo, siempre quedará en mí.

TTT

Michael había acompañado a Kelly de nuevo al hospital nada más que había salido de trabajar.

Se encontraban sentados en unas sillas, angustiados esperando su turno. Esperaban como podían, ansiosos de saber si se encontraba Kelly embarazada, o no se encontraba embarazada de manera determinante. No querían dejar ninguna duda. Ya llevaban una hora allí, en el hospital, expectantes, esperando inquietos los análisis.

Finalmente, los dos pasaron a consulta, deseosos de recibir, por fin, los resultados de los análisis. Se sentaron en las cómodas sillas blancas mientras se miraban cómplices y expectantes.

Michael, agarró con fuerza la suave mano de Kelly y en ese instante, la doctora dijo:

—Los análisis no dejan ninguna duda, no estás embarazada.

Kelly miró hacia Michael y suspiró.

—Nunca seremos una familia —dijo Kelly encogiéndose de hombros.

—Kelly, no te preocupes por eso. Con tenerte a ti, a mí me sobra —dijo Michael.

Kelly sonrió y salieron de la consulta.

La Nochebuena había llegado. Kelly miró el reloj de la oficina, faltaban dos minutos para que Michael viniera a buscarla. Ilusionada, recogió los documentos y los guardó en los ficheros que había sobre la mesa. Apagó el ordenador y cogió su bolso. Miró hacia la foto de su madre sonriente que había sobre la mesa de la oficina y ella también sonrió al verla. Apagó las luces, cerró la puerta y salió de la oficina.

Tomó el ascensor y vio que en él se encontraban sus dos compañeras de trabajo con las que habitualmente tomaba café en el descanso, pues Kelly, había cambiado demasiado en este último tiempo.

—Feliz Navidad, chicas —dijo Kelly mirándolas sonriente.

—Feliz Navidad —respondieron felices.

Las compañeras que allí había, eran dos chicas que habían llegado a trabajar a la empresa hacía apenas unos meses. Una era pelirroja y la otra rubia, se llamaban Sarah y Alice respectivamente. Kelly las sonrió y la puerta del ascensor se cerró.

—Ya me contaréis el lunes qué tal habéis pasado la Navidad—dijo Kelly sonriendo.

—Descuida —dijo Sarah—. Te contaré qué tal se porta mi cuñado esta vez y si sigue empeñado en seguir contando sus chistes tan malos para amenizar la cena.

Kelly no pudo evitar reír cómplice. Instantes después, miró a su alrededor y pensó en las navidades del año pasado, las que había pasado en ese mismo lugar.

—Hasta luego, pásalo bien —dijo Alice sonriendo cuando el ascensor se abrió.

Las dos se marcharon hacia afuera y Kelly se quedó adentro de la empresa, esperando a Michael, mientras contemplaba la navideña decoración.

Tan sólo llevaba un minuto esperando cuando Michael apareció en la empresa.

—Ya estoy aquí —dijo Michael sonriendo y añadió—. No vas a creer el atasco que hay.

—Me lo creo, es Navidad —dijo Kelly mirándolo dulce.

—Estás guapísima —dijo Michael mirando su elegante vestido rojo.

—Tú también lo estás. Te queda genial el traje —dijo Kelly mirándolo ruborizada.

Los dos se dirigieron al coche, aparcado en doble fila en la puerta de la empresa, en el que aguardaba un Vincent sonriente en el asiento de atrás.

—Preparada para pasar tus segundas navidades conmigo —dijo Michael.

—Sí, y espero que estas sean mejores —respondió Kelly acordándose de nuevo de las navidades de la otra vez encerrados en el ascensor.

—Nunca podrán ser mejores que las del año pasado, porque fueron en las que te conocí —dijo Michael sonriendo.

—Serán tus primeras navidades conmigo —dijo Vincent feliz.

Kelly asintió sonriente.

—Estoy deseando probar el famoso pavo de John —dijo Michael frotándose las manos.

Los dos, se metieron en el coche junto a Vincent y pusieron rumbo a *Cold Spring*.

Llegaron hasta la casa y Michael se bajó del coche. Abrió la puerta de Kelly y de su padre Vincent y ambos se bajaron, contemplando las luces de Navidad que adornaban el hogar.

—¡Qué pasada! —dijo Kelly asombrada.

Kelly pudo comprobar que había nueva decoración navideña. Miró hacia la puerta y comprobó que decorando la puerta, estaba su muñeco favorito de cuando era niña: un reno marrón con un gorro de Papá Noel. Aquello la hizo dibujar una gran sonrisa de satisfacción.

Subieron las escaleras iluminadas por las luces navideñas y llamaron a la puerta.

Gillian abrió la puerta sonriente y los mandó pasar. Podían notar el aroma a pavo que ambientaba la casa dirigiéndose hacia el salón. En el salón, se encontraba ya Daniela, sentada en el sofá junto a su nuevo novio, Greg. Daniela y Greg, llevaban algunos meses saliendo juntos y a Kelly, le llamaba la atención lo educado y caballeroso que era. Greg, era un chico alto, de cabellos castaños y de enormes ojos marrones. Daniela y Greg se levantaron sonrientes para saludarlos y les dejaron un hueco en el sofá, al calor de la chimenea.

Se encontraban sentados todos juntos, charlando en el sofá, cuando John — con el delantal puesto— salió también a recibirlos desde la cocina, donde se encontraba preparando los últimos detalles de la cena, ayudado por Gillian.

—Feliz Navidad —dijo John sonriendo.

—Feliz Navidad, papá —dijo Kelly sonriendo emocionada.

El tiempo de la cena llegó. Se sentaron todos alrededor de una mesa decorada con infinidad de velas doradas y un gran mantel blanco. Vincent aprovechó la ocasión y se colocó en la cabeza una diadema con grandes cuernos de reno y cascabeles, ocasionando las carcajadas de todos.

John sirvió el pavo y Kelly lo miró sonriente para después mirar hacia Michael de manera tierna. Todos empezaron a comer y Kelly sólo podía agradecer una y otra vez poder pasar la Navidad junto a sus seres queridos. Se sentía dichosa y en paz, disfrutando y saboreando el momento y no quería que la noche acabara nunca.

Michael aprovechó que estaban todos reunidos alrededor de la mesa para dar una noticia. Carraspeó y dijo:

—Van a publicarme un libro con mis poemas. Los vieron en la página web y les han encantado. Y todo gracias a ti, Kelly —dijo Michael.

—El mérito es todo tuyo. Eres tú quien los ha escrito —dijo Kelly orgullosa.

Kelly se sentía muy feliz por él y sonrió emocionada, mirándolo con delicadeza.

—Brindo por eso —dijo John sonriendo.

Acto seguido, todos chocaron sus copas, menos Vincent, quien brindó con un vaso de zumo de naranja, haciendo sonar los cascabeles que llevaba en la cabeza.

Kelly contempló el fuego de la chimenea y miró encima de ella. Le recordó a cuando, de pequeña, dejaba un calcetín rojo colgando de la chimenea, esperando al levantarse, tenerlo llenado de dulces. Michael, pudo fijar su vista en Kelly y la divisó mirando absorta la chimenea. Sonrió para sus adentros y siguió comiendo el postre.

Todos se reunieron felices alrededor de la chimenea para abrir sus regalos, escondidos bajo el gran árbol de Navidad que había junto a la chimenea. No pudieron esperar hasta mañana por la mañana, querían abrirlos esta noche.

Kelly, recibió una caja bastante grande, adornada con unas cintas rojas. Se sentía ansiosa por saber qué era. Abrió la caja y de allí salió un precioso perro pomerania, color canela.

—¿Y esto? —preguntó Kelly ilusionada.

—Lo hemos adoptado. Ahora ya somos una familia —dijo Michael sonriendo.

Kelly lo abrazó y las lágrimas hicieron acto de presencia por su rostro.

Todos juntos, pasaron la Nochebuena en armonía, riendo y cantando villancicos, dándose cuenta de que la vida, podía cambiar en cuestión de segundos y debían aprovechar cada minuto de su tiempo.